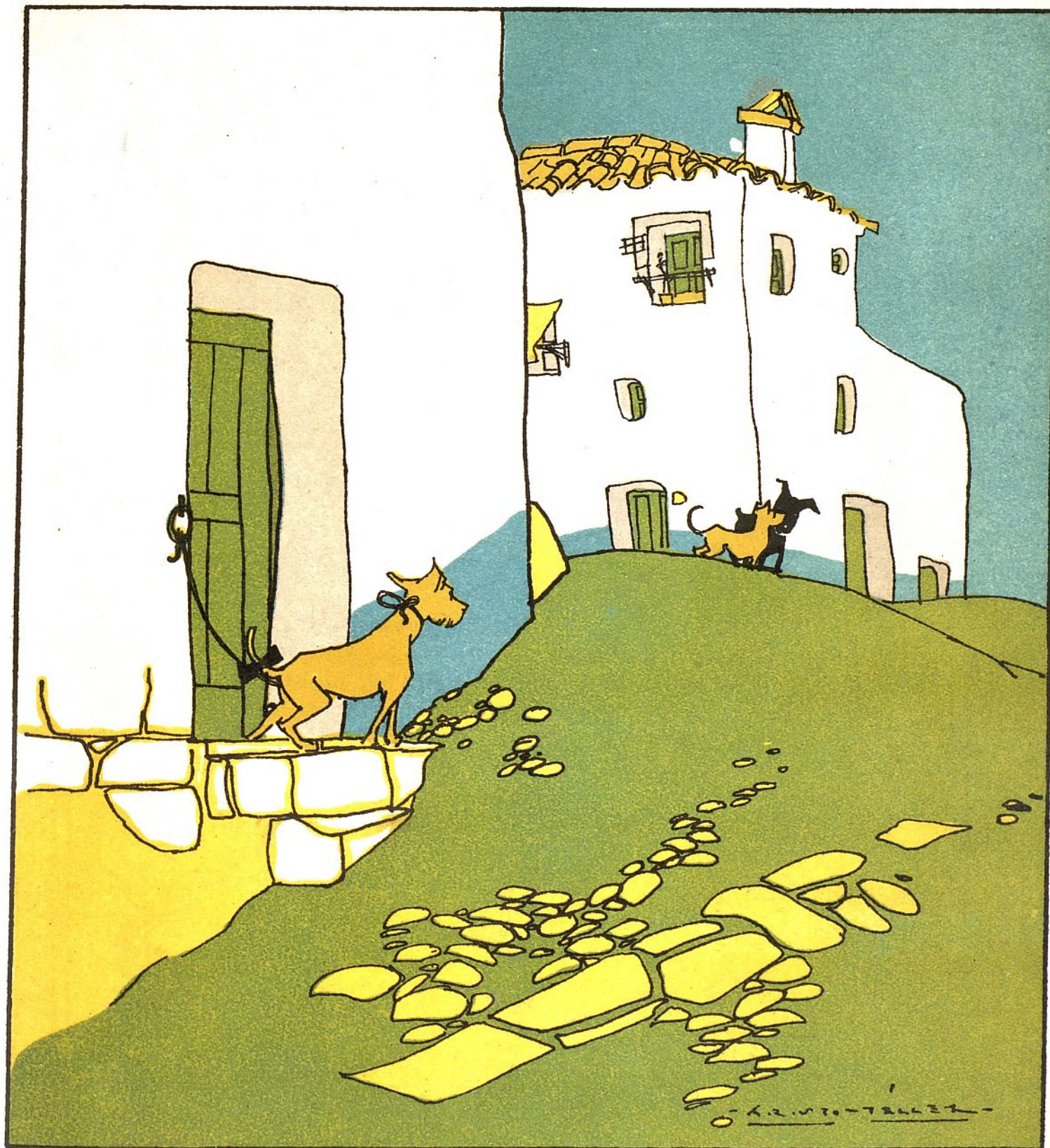


BUEN HUMOR

40 CÉNTIMOS



Dib. ARISTO TÉLLEZ.—Madrid.

LA PERRA CELOSA
—¡Hay que ver, qué perras cogel

Ayuntamiento de Madrid



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

Sección recreativa de BUEN HUMOR

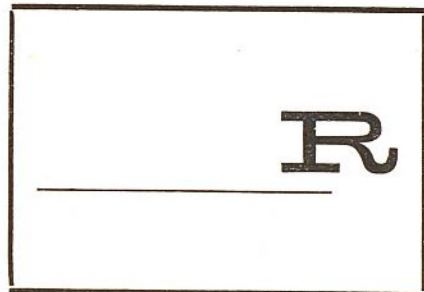
por DIEGO MARSILLA

1.—Charada.

—Pero *segunda tercia*, ¿a qué *segunda* has *prima tercia cuarta* al perro?

—Para que no se pierda. Está como *todo*.

2.—Frase hecha.



3.—Charada.

—Hoy no se encuentra *prima tercia* ni aun de *prima tercia cuarta*.

—Bueno, ahora cuando salga con el *prima cuarta* se le *cuarta dos* al *todo* de la esquina, que tiene mucha.

Concurso de pasatiempos de Diciembre Sorteo de premios.

Verificado el sorteo en la fecha señalada, a presencia de numerosos pierdetiempistas, resultaron agraciados los señores siguientes:

PRIMER PREMIO.—Un centro de mesa a don Enrique Pinedo, de Segovia.

SEGUNDO PREMIO.—Una pluma esilográfica a doña María García Reyes, de Madrid.

TERCER PREMIO.—Un frutero a don Bernardo Sanz, de Madrid.

Los agraciados podrán recoger sus premios en esta Administración, precisamente cualquier día laborable, de cuatro a ocho de la tarde.

Concurso de pasatiempos de Enero

Soluciones.

1, *La conjunción*.—2, *Artemisa*.—3, *Cacahuets tostados*.—4, *Tabarro-*



**SOMBREROS
BRAVE
6 · MONTERA · 6**

4.—Charada.

—Qué ¿te declaraste por fin?

—Sí, me decidí, al verla paseando por el *tercia segunda tercia prima*; y me dijo que no me quería, por *tercia tercia* y por *todo*.

5.—«Señora» mitológica.

Ebanistería

Sacrificio

6.—Charada.

—¿*Prima segunda segunda prima* te parece bien este sombrero?

—Hija, estará de moda, no lo dudo, pero por la forma y con esa *prima tercia* colgando parece una *todo*.

so.—5, *Unión Patriótica*.—6, *Colmillo*.—7, *Blanco y Negro*.—8, *Hablar con acento entrecortado*.—9, *Alegato*.—10, *Velódromo*.—11, *Peón o Panteón*. (No tiene título).—12, *Traspies*.—13, *Galope*.—14, *Eliminar carnes*.—15, *Parientes*.—16, *Talavera*.—17, *Músicos ilustres*.—18, *Novato*.—19, *Tomatero*.—20, *Silverio*.—21, *Casino*.—22, *Al enemigo separado y dividido*.—23, *Leer entre líneas*.—24, *Partidos*.—25, *Bellaquería*.—26, *Petate*.—27, *Cama León*.—28, *Traslado*.—29, *Cantina*.—30, *Ni quito ni pongo rey*.—31, *La Calesera*.—32, *Carestía*.—33, *Desde alta mar*.

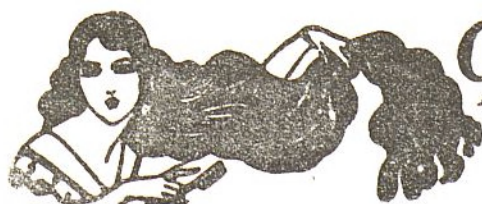
De las 6.996 soluciones recibidas, han resultado exactas las remitidas, por los pierdetiempistas que se citan:

Isidoro Rabinal, de Zaragoza.—Antonio Zubiri, de Larache.—Simón López, de Jerez.—Luis Llorit, de Castellón.—Rafael García, de Tuy.—María Isabel Urceyola, de Valencia.—Enrique Pineda, de Segovia.—Dionisio Hernández, de Vitoria.—B. Salaberry y Este-

ban Salaberry, de Carabanchel.—Consuelo Salvo y Fernando Salvo, de La Coruña.—M. Irueta, Marichu Peirona, Adelita Peirona, Mercedes Peirona, de San Sebastián.—Manuel Ortiz Sánchez Pozuelo, Eloy del Puerto, P. Martínez, Bernardo Sanz, Román Martín, Joaquín García, José M. Delgado, María de las Mercedes Arias, Luis Rojas, Fernando Peña, Horacio Gómez de Alía, José Pedro Ropiero, Angel Buenaventura, todos de Madrid.

Nota.—Los pasatiempos números 36, 37, 38 y 39, que con dicha numeración fueron equivocadamente publicados en el primer número de febrero, corresponden al concurso del citado mes. Los solucionistas que creyéndolos del mes de enero han enviado ya las soluciones, están exentos de volverlas a enviar cuando remitan las restantes.

El sorteo de premios se verificará públicamente en nuestra Redacción (Plaza del Angel, 5), a las seis de la tarde del día 2 de Marzo próximo.



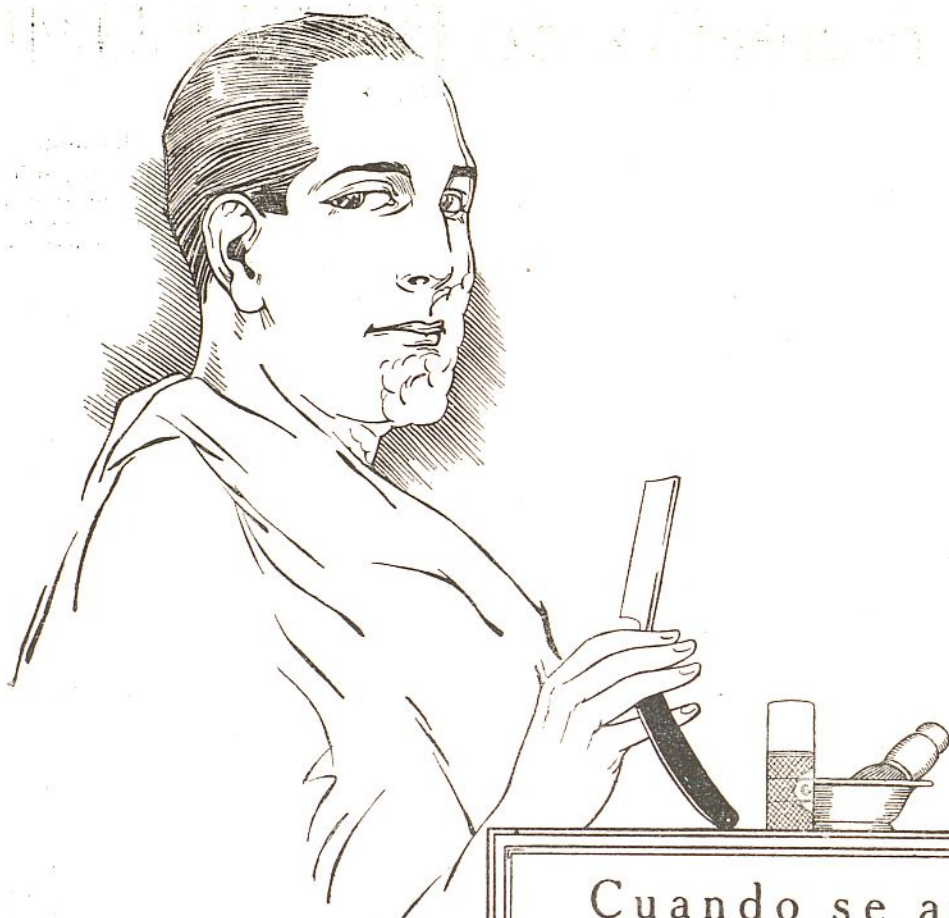
Agua RADIUM

TINTURA PARA EL PELO
Con una sola aplicación se logran
— matices permanentes —

CORTÉS, HERMANOS.—BARCELONA

Cupón núm. 1

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de marzo.



UNA
PESETA
EN TODA ESPAÑA

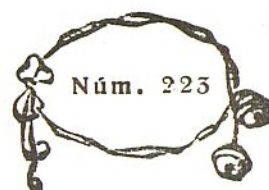


Cuando se afeita
cambia Ud. de expresión

y mejora notablemente su aspecto
personal. Aféitese a diario, usando la

Barrita Gal para la barba

Facilita y abrevia la operación del
afeitado. -- La abundante espuma
que forma en el acto, permite que
la hoja se deslice sobre la piel sua-
ve, segura y rápidamente. Com-
pre Ud. hoy mismo una barrita
de jabón Gal en la primera perfu-
mería o droguería que encuentre.



CHIRIGOTAS

ALMAS DE DIOS



muchos gavilanes, muchas águilas, muchos zorros hay por este mundo; pero acordémonos de los grillos, de los gorrióncejos, de los corderines que nos salen al paso...

Uno de éstos va en la plataforma del tranvía. La plataforma, atestada de gente, desfila a punto de reventar, como un higo maduro, como un erizo repleto de púas.

Este buen hombre, al ver que corremos con apuro de naufragos para colgarnos del estribo, nos tiende los brazos inefablemente:

—Suba usted; agárrese bien... todos cabemos, ¡qué caramba! Aunque vayamos un poco apretados...

Otro encuentra a su paso, en la acera, una corteza de naranja. La dejó caer uno que llevaba demasiada prisa y se le fué derramando la mala intención. El hombre se detiene y empuja la corteza al arroyo, donde no pueda, alevosamente, hacer caer a los que le siguen.

Vamos solos, ensimismados, descontentos quizá de nosotros mismos. A nuestro encuentro vuela otro serafín incomparable: ¡Hombre! ¡Cuánto gusto en verle!—nos dice—. Y después añade estas palabras radiantes, estas palabras sencillas que nos invaden de orgullo y de hambre de seguir viviendo: Está usted como nunca. Tiene una cara magnífica... ¡Lo que ha mejorado usted, amigo!

Algún tendero después de haberle restado unos gramos en la ración de queso que se lleva usted, le entrega la vuelta del duro depositándole con

untuosa cortesía en la mano. Y usted, siempre caballero, cuando se le trata con tanta caballerosidad, no se atreve a examinar las monedas. Tiempo después, en el tranvía, el cobrador le comunica lacónicamente que una de ellas es falsa. Pero, ¡qué importa! El «gesto» aquél del tendero fué tan gentil...

El limpiabotas sabe doctamente lo que hace, aunque nos lustre con demasiada prisa el calzado. Si no accediera a arrodillarse a nuestras plantas, humilde y atareado diez minutos, no le daríamos esa propina absurda, esa propina fanfarrona que siempre supera al precio de su servicio.



Dib. SILENO.—Madrid.

Bendigamos a ciertos amigos nuestros que, cuando se nos agasaja con un banquete, son los primeros en agruparse ocultándonos delante del objetivo de los fotógrafos. Ellos son los que en voz muy alta nos han asegurado que «comparten nuestro triunfo como si fuera propio».

¿De qué modo expresaríamos nuestra gratitud al médico, encargado de decirnos siempre la verdad, que miente con tanta desenvoltura?

El personón que delante de sus visitas nos lleva a un ángulo de su despacho y nos habla en voz baja, conquista definitivamente nuestra devoción, aunque no nos haga nunca el favor que venimos pidiéndole.

Confesémoslo con toda franqueza: mientras haya industriales que envuelvan en papel de estaño los «marrons glacés», siempre nos agradarán las castañas.

Por cada favor que nos otorga la fortuna, nos sale una mota en la solapa. Hay infinidad de espíritus observadores que se dedican a quitarnos esas motas. Son unos puercos que velan por nuestra pulcritud. El Señor los bendiga...

En medio de la noche, cuando volvemos a casa haciendo un sabroso examen de conciencia, el sereno aguarda con su farolito. Por la gracia inesperada de esta estrella, que le arde nada menos que en el vientre, toda propina se nos antojará pequeña. Una luz a tales horas, ¿con qué se pagaría?...

E. RAMÍREZ ANGEL

LA SORPRESA

Cuando, terminado el almuerzo, me puse a consultar en el periódico la lista de la lotería, no pude contenerme y de un salto me subí a horcajadas sobre la lámpara del comedor columpiándome en ella y dando vivas a la reforma de la legislación social.

El caso no era para menos; me había correspondido una participación del premio «gordo».

En mi alegría di dos saltos mortales sobre el montante de la despensa, anduve el pasillo a cuatro patas, e invité al gato a una representación de «Rigoletto» prometiendo llevarle a palco. Al salir a la calle con la intención de comprar algo con que solemnizar mi suerte, prosiguieron mis manifestaciones de entusiasmo; abracé a un guardia de la porra y subí a besar los pies de la estatua de Isabel la Católica.

Al pasar ante la pastelería «El vivo al bollo», me sorprendió un inmenso letrero que rezaba: «¡Alto! No sea usted camello, y compre un roscón marca Pekarios. Damos sorpresas que quitan el hipo. ¡Ciento cincuenta ofi-

ciales empleados en la fabricación de nuestros roscones! ¡Ciento cincuenta personas que nos hacen la rosca.»

Penetré en la tienda y, en un rasgo de esplendor, adquirí el mejor roscón que tenían. Me costó cuatro mil pesetas, pero para llevarlo a mi casa tuvieron que alquilar una camioneta.

Aunque la frase resulte más cursi que llevar cuello de pajarita y boina, puedo afirmar serenamente que la desgracia penetró en mi casa disfrazada de roscón de reyes.

En efecto; hacía media hora que los empleados de la pastelería se marcharon después de colocar el roscó sobre la mesa del comedor, cuando mi hermanito pequeño que no le perdía ojo, encariñado con la idea de darle unos pellizcos, entró con aire extraño.

—El roscón está en la cocina—dijo— Hace un momento estaba en el comedor, y tengo la seguridad de que nadie lo ha movido. Aquí hay misterio.

Me quedé más suspenso que después de examinarme de Derecho Canónico. Confieso que se me doblaron

las piernas. Sin embargo, para no asustar a la familia, hice como quen o le concedía importancia a la cosa.

Diez minutos más tarde reapareció mi hermano mucho más asustado que antes.

—El roscón... ¡Está ahora en el cuarto de la plancha!...

No quise oír más, y salí precipitadamente. Al llegar al pasillo, el roscón venía corriendo por él a la velocidad de un expreso. Al verme di media vuelta y traté de ocultarse en la cocina.

Empezó una carrera loca, desenfrenada, persiguiendo a aquel diabólico roscó de reyes, que rodando a la manera de un neumático, se metía por todas las puertas, escapándose a cada momento de mis manos. Mi familia, aterrada, se había encerrado en una habitación, y sollozaba angustiosamente. El roscó, mientras tanto, seguía su carrera; desde la cocina al despacho, desde allí al gabinete, luego al pasillo, y hasta se atrevió en un alarde de cinismo a penetrar en el aposento de mi esposa. Aquello duraba ya cerca de una hora, cuando extenuado y decidido a no aguardar más, recurrí a una estratagema.

Me escondí tras la puerta del despacho aguardando al roscón. Cuando éste entró sigilosamente, saqué el revólver apuntándole.

—¡Ríndete! —le dije.

Le ví cambiar de color y hasta perder un poco de azúcar. Aprovechándome de esta debilidad, caí sobre él. Luchamos a brazo partido, pero al fin pude atarlo con una maroma a la columna de la estantería.

Permaneció atado hasta la hora del postre. Mi familia, atacada de un supersticioso terror, no quería probarlo, pero yo, valientemente, empecé a partirlo en pedazos con una navaja de afeitar. De improviso surgió del interior Sinforoso Peribáñez, viejo pariente nuestro a quien suponíamos muerto.

Entre todos le ayudamos a salir del roscón. Emocionadísimo nos refirió su vida y con ella la clave del misterio.

Andaba mal de dinero, y últimamente, para poder comer, había tenido que emplearse en la pastelería «El vivo al bollo», donde a falta de otra cosa le colocaban como sorpresa en los roscones de buen precio.

Sé que a más de un lector este hecho ha de parecerle falso. Sin embargo, el caso de Sinforoso Peribáñez no es el primero ni será el último. Compren los incrédulos un roscón de cuatro mil pesetas y se convencerán de mis palabras. La vida es muy difícil y cada uno se la gana como puede.

MANUEL LÁZARO.



Dib. TINET. —Madrid.

—¡Qué mentirosos son estos comerciantes, Enrique! Me dijeron que era una tela que no perdía... y no sé donde la he dejado.

EL TIO ATILANO

Era don Atilano católico tan puro, tan ferviente, tan recto, tan cabal y tan cristiano, que por no condenarse a más de oír diez misas diariamente, pasándose en el templo la mañana solía confesarse lo menos siete veces por semana.

Y además de todo esto, que lo hacía para ganar el cielo, único fruto que el bendito señor apetecía, me consta que tenía profunda devoción a San Canuto; un santo milagroso al que no en vano fiado en su influencia y eficacia acudía el señor don Atilano siempre que le ocurría una desgracia.

Pero luego sabía, como debido y natural tributo pagar cada merced que recibía ir encendiendo una vela a San Canuto.

¿Que como otro cualquiera enfermaba el señor don Atilano? Pues nada de que el médico viniera a ver si le ponía bueno y sano.

Nada de medicinas, pues todas, según él, eran pamplinas.

Para curar su mal en un minuto no existía mejor medicamento ni otro procedimiento que encender una vela a San Canuto.

* * *

Cayó don Atilano cierto día con una pulmonía y se asegura que era la pulmonía de esas que tienen la intención de un miura y al verle sus parientes y allegados revolverse en el lecho con una fiebre de cuarenta grados, aun contrayendo un grande compromiso por dejar al paciente satisfecho, lejos de dar aviso al médico del pueblo, como hubiera sido lo natural y conveniente en trance tan fatal, tanto más cuanto una dolencia así no admite espera, juzgaron más prudente poner la consabida vela al santo protector decidido del paciente.

—Esto va mal, Gabino, (dijo don Atilano a su sobrino con la apagada voz del moribundo); la fiebre me consume, me devora y ha llegado la hora de liquidar mis cuentas con el mundo.

—Tal peligro no existe ni ha existido jamás... ¿Está usted loco? (le dijo su sobrino mustio y triste por animarle un poco). Confíe usted en su santo favorito, y no se apure usted, tío Atilano, que su santo bendito será el que ha de ponerle bueno y sano.

—Pero ¿qué ha dicho el médico? ¿Qué opina de este mal que me aqueja? ¿Me ha prescrito alguna medicina?



Dib. KERULÉ.—Madrid.

JUGANDO A LA GALLINA CIEGA

EL QUE SE QUEDA. (Tocando los cardos borriqueros).—¡No me digas que no eres Conchita, porque te conozco por el cogote!...

—Nada.

—¿Cómo?

—Sí no le he avisado.

—Hombre ¡cosa más rara!

—¡Yo, tío, la verdad no le he llamado por temor a que usted se incomodara. Y como es ese santo milagroso el que siempre le pone bueno y sano...

Y el paciente colérico y furioso, tras de hacer un esfuerzo sobrehumano, gritó con voz de trueno:

—Sobrino, por piedad, no seas, bruto, y si aprecias mi vida ¡enciéndele una vela a San Canuto; pero avísale al médico en seguida!

MANUEL SORIANO

VIAJANDO POR ITALIA, PARA PRESUMIR

¡QUIÉN FUERA PALOMA VENECIANA!

Se ha dicho ya que la góndola es un ave; pero no se ha dicho que el gondolero es un pájaro. Lo diré yo, antes que Muñoz Seca me tome la delantera.

Con tal ave y tal pájaro, el dinero, en Venecia, vuela, naturalmente. Vuela con esa rapidez que proporcionan, hoy día, los grandes adelantos científicos.

Cuantos sabios de la economía política han estudiado, a fondo, el «caso Venecia» poco antes de hacerlo yo, se preguntan: ¿Qué es más oneroso? ¿Entrar en Italia por el norte (Venecia) o por el sur (Nápoles)? Todavía no ha podido aclararse el punto. Yo me atrevería a contestar que lo mejor es quedarse en casita, y oír la *dolce parla italiana* por radiotelefonía, pues para eso se inventan las cosas. No saben ustedes la cantidad de suspiros que se ahorra quien no vaya a ver el puente de los Suspiros.

El caso es que ya los italianos nos advierten lo mucho que va a costarnos vivir en Italia. No nos podemos llamar a engaño. Ellos siempre están hablando de la *cara Italia*... de la *caríssima*

Venezia... Imposible decirlo de un modo más claro.

Vamos a suponer que, de la obligada pelea con el gondolero, ha salido usted ileso, viajero iluso, y se encuentra ya en la acreditada *piazzetta*. Bien, pues luego de haber abierto la boca, delante del Gran Canal, con esa pasión por el agua que sienten algunos bañistas y todos los taberneros; después de haber pronunciado, en cualquiera de los idiomas conocidos, la honda y bella frase «¡cuánta agua!», debe usted dirigirse a la plaza de San Marcos, no sin dedicar un saludo al campanil, diciendo también, de paso, las altas y hermosas palabras de rigor: «¡qué alto es esto!» Y, una vez en la plaza, nadie puede prohibirle a usted una tercera exclamación filosófica: «¡qué bonito!» Y hasta una cuarta, que por fuerza será esta: «¡Uy, qué barbaridad de palomas!»

Las palomas de San Marcos. Ya que las hemos tocado, cojámoslas, me-

tafóricamente, por nuestra cuenta.

He aquí unos seres que, no obstante su candidez, han resuelto un problema, insoluble todavía para los intelectuales: gozar de la fama y, al mismo tiempo comer, comer con abundancia.

Esto, que en España sólo lo ha conseguido algún que otro señor, las célebres palomitas, más listas o más afortunadas que nuestros feos prohombres, lo tienen conquistado desde hace... un rato largo. ¡Desde el día en que, por primera vez, salió al mundo una alemana romántica, provista de máquina Kodak! (¡Ya ha relampagueado!)

Desde aquel día, tan fausto para los activos fabricantes de películas, las chicas alemanas, guiadas por ese espíritu de organización que tienen las pobrecitas para perder el tiempo, acuden a Venecia, en rubias bandadas, soñando con las noches de luna en góndola y con el alimento de las palomas de San Marcos. No por las palomas, ni por el alimento, ni siquiera por el señor San Marcos, sino por llevarse la fotografía del poético hecho; por el *ricordo*.

Un servidor ha sido—seguramente—el único visitante de Venecia que, al retrasarse en la concurrida *piazza* (porque me he retrasado, caramba, ¡no faltaba más!) no ha echado miguitas de pan a las palomas; antes bien, las ha mirado con iracundia reconcentrada, ¡con verdaderas ganas de comérmelas!

¡Pues estaría precioso que fuera yo también a dar de comer al ahíto! Los que no podemos estrenar nuestras comedias por ser ellas demasiado buenas (y porque no nos dejan sitio) nos habíamos resignado ya a ver mascar opíparamente a los palominos atontados que nos obstruyen la gloria; pero que, encima, ¡las palomas se den esa vida!... Con los palominos basta.

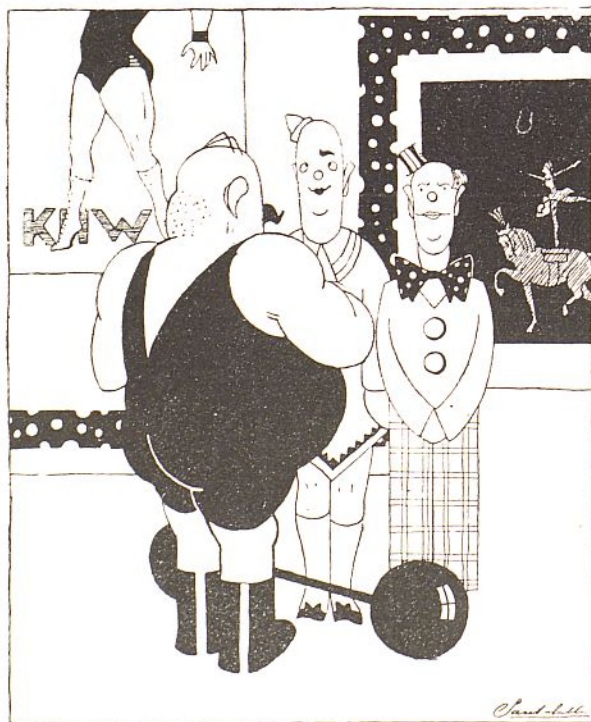
El turista que se haya retratado dándose de comer a las palomitas no tiene ya que hacer nada en Venecia; más que esperar al día siguiente para volver a darles de comer. Y así, hasta que se canse.

¡O hasta que haga el Altísimo que todas las palomas se mueran de un atracón colectivo, hinchadas como madres de primeras tipes!

.....
Ese día, Venecia habrá muerto sobre la húmeda paz de sus calladas lagunas...

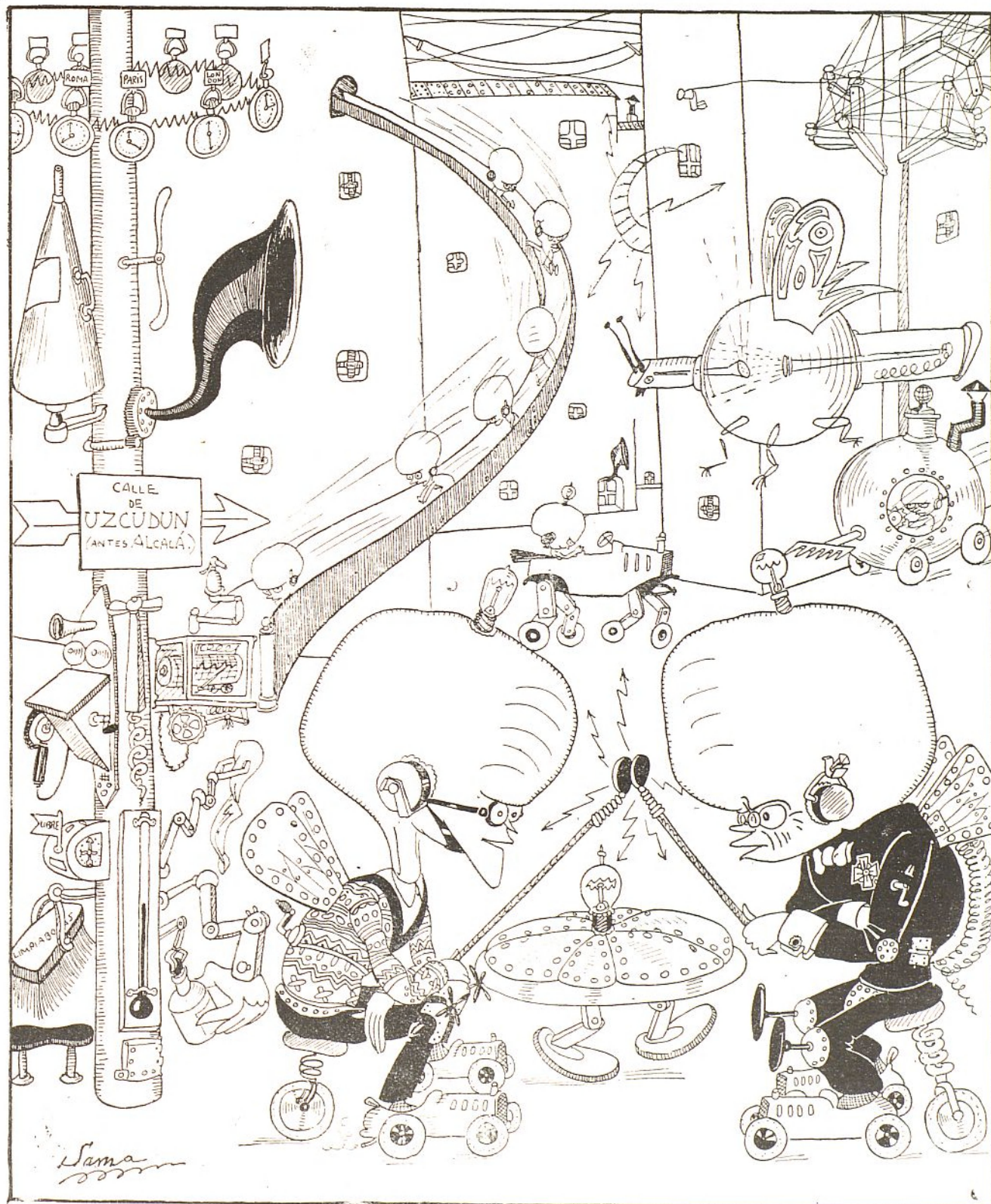
BERNARDINO DE PANTORBA

Venecia.



Dib. SANTAOLALLA.—Madrid.

—Y todos éndense con ojo porque yo le sacudo un tortazo al más pintado..



Dib. SAMA.—Madrid.

EN EL AÑO 3.000.

ELLA.—No sabía que tenía usted la cruz «al valor reconocido».

EL.—Sí, me la dieron cuando me decidí a estudiar la Historia Universal.

TRAMPANTOJOS

Así era el marqués.

El viejo marqués era un hombre que tenía fama de rígido. Sólo podían tratar con él los que miden todas sus palabras, sus pasos, los cambios de sitio que hacen sufrir a las sillas.

Aquella tarde estaba en su despacho un fulano cualquiera que aspiraba a ser secretario de la Junta de defensa de la hostería que presidía el marqués.

El fulano procuraba aparentar soltura para convencerle al marqués de que era un muchacho desenvuelto como un hombre de mundo.

El marqués, que tenía unos amigos en la tertulia de los cuatro sillones más cómodos del mundo, asistía con inquietud a la exhibición de aquel mancebo, cuando se le ocurrió al desdichado pretendiente tocar al radiador de la habitación para ver si estaba caliente.

—¡Váyase usted de mi casa!—gritó el marqués—. Esa desconfianza descortés con que ha tocado usted a mi radiador, le hace indigno de esa secretaría a que aspira... Eso no se hace jamás... Hay que creer en los radiadores sin tocarlos y más si se está en casa de una persona distinguida... ¡Vaya usted a tocar los de los museos públicos! ¡Pues no faltaba más!

El mancebo, corrido pero impertinente, repuso:

—No merezco sus insultos y más cuando el radiador está helado...

—¡Ah! ¡Es que si hubiera estado caliente no me hubiera contentado con reprenderle, sino que le hubiera pegado un tiro!... Entonces la duda hubiera sido mucho más grave.

El mancebo salió sin decir más, mientras los contentulios en pie premiaban la exoneración.

El marqués, cuando hubo salido, se dirigió a sus amigos y exclamó:

—¡Habéis visto qué fresco!

—Ya lo creo... Llama que nos traigan los gabanes... Bien nos lo has podido decir al entrar.

—Yo jamás enciendo la calefacción por agua caliente, ni un aristócrata, que tenga bien puesta su casa y su cúneo, debe consentirlo... Eso se queda para la ruín burguesía, para los nuevos ricos.

Todos le dieron la razón, pero se pusieron los gabanes para continuar echando el tresillo.

Músico nuevo.

El violinista Hoolder, cansado de tocar a petición de las damas y los caballeros, que no cuentan más que con el desinterés del artista, se mandó construir un frac especial con un ojal en el pecho y sobre el ojal un letrero en el que ponía:

ECHE UNA MONEDA DE ORO
Y HABRA MÚICA

El gran violinista entraba en los cafés con su violín y cuando había uno en el público con bastantes deseos de oírle se acercaba a él y echaba una onza por la ranura pectoral de su frac.

Con Hoolder no valía el «¡Que se repita! ¡Que se repita!» gratuito. O se echaba una onza por su solapa o no se le veía tocar.

Ensimismado, con un aspecto de autómatas que le permitía conservarse más artista, Hoolder había resuelto su problema.

La lupa del sabio

El sabio leía, se afeitaba, miraba su reloj de bolsillo, se observaba las uñas con su gran lupa, una de las lupas más grandes que se fabrican, tan grande que parecía un espejo de tocador desazogado.

Los libros de historia eran con aquella lupa mucho más tremendos que de ordinario y la sociología daba náuseas.

El sabio con gran paciencia, sólo en su casita de campo, iba repasando los libros con el candil de cristal de su lupa.

Sólo a la hora del sol se iba a dar un paseo por los alrededores de su chalet.

Esas eran sus costumbres de todos los días, cuando una de aquellas tardes en que salía a tomar el sol, vio desde lejos que el chalet ardía.

Corrió hacia el sitio de la catástrofe y como era un sabio se dio en seguida cuenta de que el origen del siniestro había sido la lupa que dejó sobre los papeles y que bajo la influencia del sol actuó como lente incendiario.

Subió corriendo a su despacho, arrancó la lupa del epigastrio del incendio y éste comenzó a disminuir hasta extinguirse.

El que le sonaban las tripas

El que le sonaban las tripas estaba siempre azarado, pues creía que el ruido de sus tripas repercutía en los salones como la alta trompetería de un órgano catedralicio. Lo oía él sólo con los oídos que tenemos hacia dentro, pero nadie le podía convencer de que sólo una esforzada cortesía lograba contener a los demás en el disimulo.

Su pena era grande, sobre todo porque temía que no hubiese mujer que le pudiera querer.

«¿Pero y si encontrase una mujer a la que le sonasen las tripas también?» —se preguntó luminosamente un día.

En bailes, iglesias, cinematógrafos, por todos lados buscaba la mujer ideal a la que le sonasen las tripas. ¡Qué feliz se hubiera sentido con sólo escuchar el regurgiteo triperal!

Pero es más difícil encontrar la mujer a la que le suenen exquisitamente las tripas que la mujer perfecta.

Hasta que un día dió con ella y se casaron los dos seres ruidosos, a cuyos hijos no habrá nadie que los pueda aguantar.

RAMÓN GOMEZ DE LA SERNA

BUEN HUMOR se vende en SANTIAGO DE CHILE en la librería "El Progreso Científico" de Celerino Pérez R, Avenida Brasil, 58.

GLANDULERÍAS

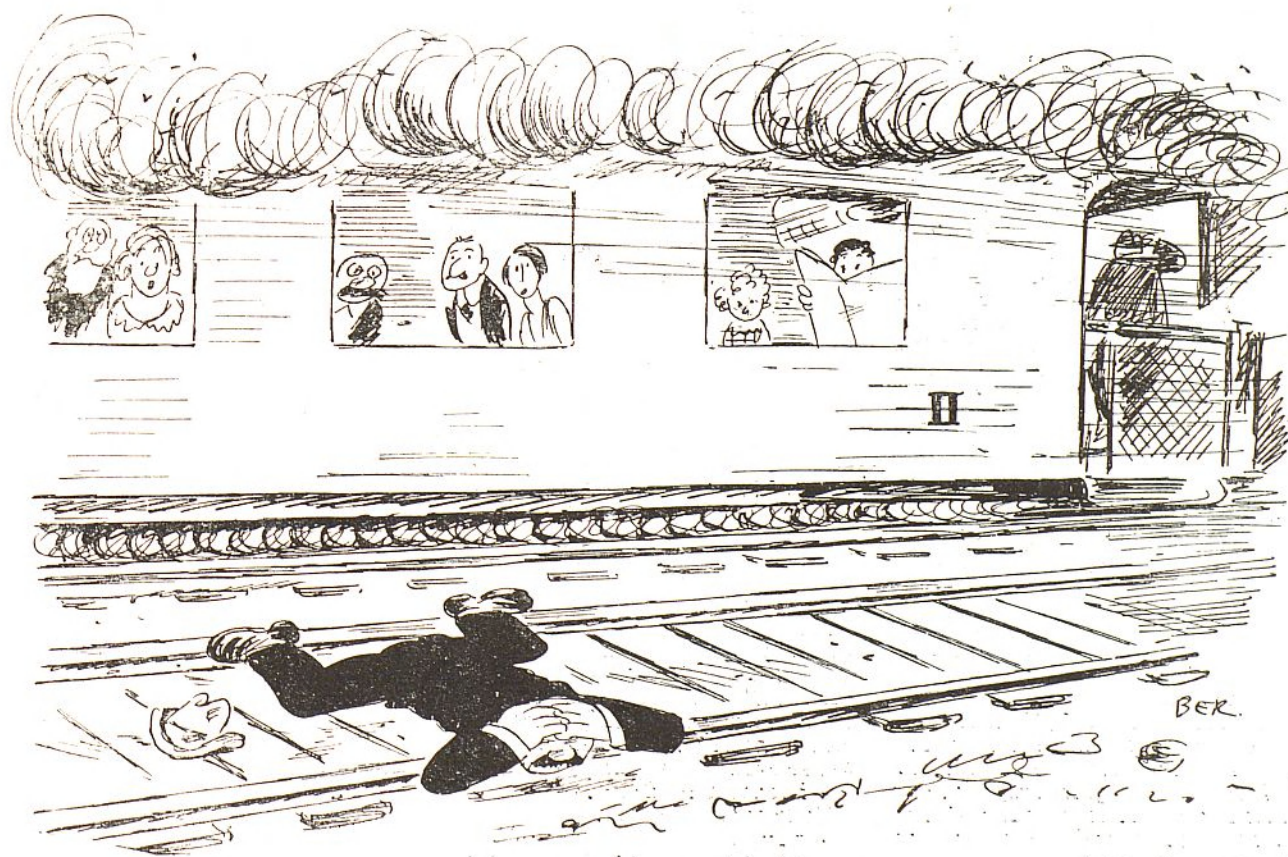
Ingeritó, sin darse tono,
el ilustre Cardenal,
en más de un ser racional
varias glándulas de mono,
y con fe en el resultado,
se propone repetir,
en lo cual le han de seguir
(como me han asegurado)
un doctor y otro doctor,
por cuya gracia sin par
los monos van a alcanzar
insospechado valor,
y pronto, sin duda alguna,
será, según lo que infiero,
montar un gran criadero
de monos, una fortuna.
Si del injerto, señores,
los efectos no son vanos,

no solo con cuadrumanos
operarán los doctores.

Hará gente vergonzante
de sus glándulas abono.
Ya sé que a pasar por mono
se ofrece más de un cesante;
y si han de sacar de apuros
las monas a las personas
endebles, ¡hasta las monas
de Pascua valdrán cien duros!
Y habrá que ver, si va bien
ese quirúrgico plan,
¡lo que los novios valdrán
cuando «de monos» estén!
Unas monas que no valen
son las de los picadores,
por lo duras. Las mejores
son las que más tiernas salen,

tanto que del chiquitín
de Pilar Valdelostrigos
ya no dicen sus amigos:
«¡Ay, qué *monó* es Felipín!»
pues ninguno ver quisiera
que, para *desglandularle*,
decidía contratarle
Cardenal... u otro cualquiera.
Atienda Dios nuestro afán,
pues un temor nos asalta:
¡que puedan hacernos falta
injertos de orangután!
Y, por si le viene bien,
yo haré al doctor un favor.
¿Cuál? ¡Traspasar al doctor
los *micos* que a mí me den!

JUAN PEREZ ZUÑIGA



Dib. BERGSTROM.—París.

—¡Qué bestia soy! ¡De no haberme equivocado de vía no tendría más remedio que suicidarme!...

LAS MUJERES

¡QUÉ SOLUCIÓN TAN PORTENTOSA!

La coquetería de las mujeres es una cosa muy seria.
Roberto González Pérez.
(Presidente de la Asociación de Ideas.)

III

En donde el autor y sus cómplices, continúan el somerísimo estudio que



vienen haciendo de las mujeres, y en donde se presenta al público uno de los aspectos femeninos más extendidos: la coquetería (1).

Fragodo Todolero, un excelente amigo de la infancia a quien me presentaron el año pasado, me pasó su tarjeta de visita ayer mañana a esa hora en que solemos levantarnos los hombres amantes de contemplar la Naturaleza y que oscila entre una y una y media de la tarde.

La visita de Fragodo me extrañó más que un concierto de zambomba. Y digo que me extrañó, porque Fragodo Todolero pertenece a ese linaje de personas que no visitan a un amigo más que por tres causas igualmente espantables: para pedirle veinte duros, para comunicarle que se ha divorciado de su mujer o para enseñarle un nuevo juego de manos.

¿Recibía a Fragodo? ¿No le recibía? El caso merecía pensarse. Y consultarse. Por ello, se lo consulté a Raniero Picavea, otro gran amigo que se hallaba en mi cuarto y a quien estimo mucho porque nunca está de acuerdo con lo que yo pienso.

(1) Para ver las dos primeras partes de este estudio, compárense los números anteriores de BUEN HUMOR.

—¿Qué hago, Raniero? ¿Recibo a Fragodo? ¿Le hago pasar?

—Hazle pasar por las armas—me respondió Raniero mientras me ensuciaba un cenicero con los restos mortales de un puro.

—Te hablo en serio.

—¿Me hablas en serio? ¡Pobre amigo! Te veo en la pendiente de la estupidez. Dentro de poco, te harás los cigarrillos con máquina.

—Cuando Fragodo viene a verme —repuse—es que le sucede alguna desgracia, que se le ha muerto alguien o que Dios le ha concedido talento de pronto.

—En ese caso, ordena que pase —replicó Raniero—. No hay nada tan divertido como las desgracias ajenas. Y así fué como di orden a mi criado



Harashira, que es japonés con mezcla de setter, para que Fragodo Todolero pasase a mi cuarto, donde yo me estaba estropeando la piel con una *gillette* para que la gente pudiese decir que me había afeitado.

Fragodo entró como todas las segundas tiples entran en escena: a des-tiempo; es decir, entró en el momento que la *gillette* me producía la desolladura máxima: cuarenta y cinco centímetros de larga por siete de ancha. Así se explica que cuando él dijo:

—Buenos días, Enrique.

Yo le contesté esto:

—Hum...

Y agregase un ¡hola! tan frío que Raniero estornudó.

Fragodo se volvió a oír el estornudo y vió a Raniero; no debió hacerle mucha gracia la presencia de Picavea,

porque arrugó la nariz en ese gesto que puede traducirse por:

—Me chinch a que esté aquí ese individuo.

Pero yo me adelanté a Fragodo y le dije:

—Este señor es Raniero, hombre de toda mi confianza, uno de los pocos amigos que sabe hacer juegos malabares con una esponja, un número de *La Voz* y una mesa de tresillo. Puedes decirme lo que quieras con toda libertad, porque Raniero es incapaz de revelar un secreto. Ya ves: aún no le ha dicho a nadie que es tonto.

Esto pareció darle tanta confianza a Fragodo que avanzó un paso, abrió los brazos y se echó en los míos; como la cosa me pilló de sorpresa, no pude rehacerme y me caí de espaldas en la cama arrastrando en mi caída a mi amigo.

Realmente, allí estábamos más cómodos que en ningún otro sitio, y por eso, exclamé sin moverme:

—Dime lo que te sucede, Fragodo. Desahógate en mí.

Fragodo se limpió dos lágrimas y se sonó tres veces. (Está probado que siempre se suena uno una vez más que el número de lágrimas que se expelen.)

—Pues bien, querido amigo—dijo Todolero—. Vengo a hablarte de Joaquina. ¡Yo no puedo seguir así! ¡Yo voy a pegarme un tiro!



—Por Dios, Fragodo—le dije—. No me hagas concebir esperanzas inútiles. Habla claramente y sin balas. ¿Qué le ocurre a Joaquina?

—¿Quién es Joaquina?—intervino Raniero, que no puede oír hablar de una persona sin conocerla, razón por la cual hizo un viaje al Cairo exclusivamente para ver la momia de Tutankamen.

—Joaquina es mi señora, caballero—repuso Fragodo—. Nos casamos el año diez y siete.

—¿El año diez y siete? ¡Ah! ¡Sí!... Cuando la epidemia de gripe... Fue un año ideal para los microbios.

—Soy muy desgraciado—siguió diciéndome Fragodo sin hacer demasiado caso a Raniero—. Joaquina es muy coqueta.

—Coqueta ¿y en qué sentido?

—En todos los sentidos, pero especialmente, de norte a sur. ¡Ah! ¡No sabes el tormento que es mi vida! Cada vez que salgo a la calle con Quina—(yo la llamo Quina porque me parece más perfumado)—vuelvo a casa con los ojos morados.

—¿Te pones «Humo de Sándalo»?

—Me pongo furioso. Quina tiene la diabólica condición de mirar a todos los hombres que pasan a nuestro lado con la misma intención en la mirada con que debió hacerlo madame Dubarry. Entorna los ojos, ladea el rostro, alarga la barbilla como si la apretase el collar de perlas y sonríe dulcemente. Cuando el transeunte a quien miró ha pasado ya, Quina vuelve a medias la cabeza y torna a mirar de un modo lánguido.

—¡Caray!

Me levanté de un salto. Raniero, en cambio, a pesar de que estaba tan asombrado como yo, hizo todo lo contrario; esto es: quedó sentado en una butaca.

—Ella me jura y me perjura que lo hace sin intención pecaminosa, que no la impulsa a ello otro fin que averiguar si los transeuntes llevan o no dentadura postiza—confesó Fragodo.

—¡Diablo!—murmuré, maravillado de la justificación de Quina—. Y cuando vuelve la cabeza para mirar a los transeuntes de espaldas, ¿también es por averiguar si llevan dentadura postiza?

—Eso la digo yo—exclamó Fragodo.

—¿Y qué te responde?

—Dice que mira hacia atrás sólo para enterarse de si viene algún pobre

dimensiones de catástrofe. Abre la puerta, se detiene en el centro del salón y permanece diez y nueve minutos lanzando en su torno el chorro de la mirada. Esto me pone en evidencia—aseguró Fragodo—; en algunas ocasiones la he preguntado «¿por qué miras así?» y ella no me contestaba. Anoche, sin embargo, me contestó. «Es que inspecciono el local—dijo—para convencerme de que no se halla aquí comiendo Musso-lini». ¡Ah! Es horrible... ¿Qué harías en mi lugar? ¡Dí! ¿Qué harías?

Yo tardé en responder. Realmente no era una pregunta para contestarla de cualquier manera.

—¿Por qué no pruebas a tirar a Joaquina al estanque del Retiro?—dije, al fin, convencido de haber hallado la verdadera solución.

—¡Oh! Lo he pensado muchas veces...—susurró Fragodo—. Pero no es posible.

—¿Por qué?

—Quina no puede embarcarse. Se marea.

—Echala entonces al paso de un autobús—le aconsejé sin dudar.

—Tampoco resolvería nada. Los autobuses llevan frenos muy rápidos.

Quedamos perplejos. Efectivamente, la solución del problema de Fragodo no era muy sencilla. De pronto Raniero dijo:

—Tengo una idea.

—Dínosla y así ya no te quedarán más que cinco—le ordené.

—Sepárese usted de su mujer, Fragodo... ¿No coquetea ella con los transeuntes? Pues bien, ¡hágase transeunte!

Fragodo asombrado, estupefacto, alegrísimo, abrazó a Raniero, le mojó con su llanto de agradecimiento.

—¡Sí, sí! ¡Ah! ¡Qué solución tan portentosa!—gritaba.

A la hora de acabar este artículo, Fragodo está abrazando a Raniero todavía.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

Dibujos de Josefina Peñalver.



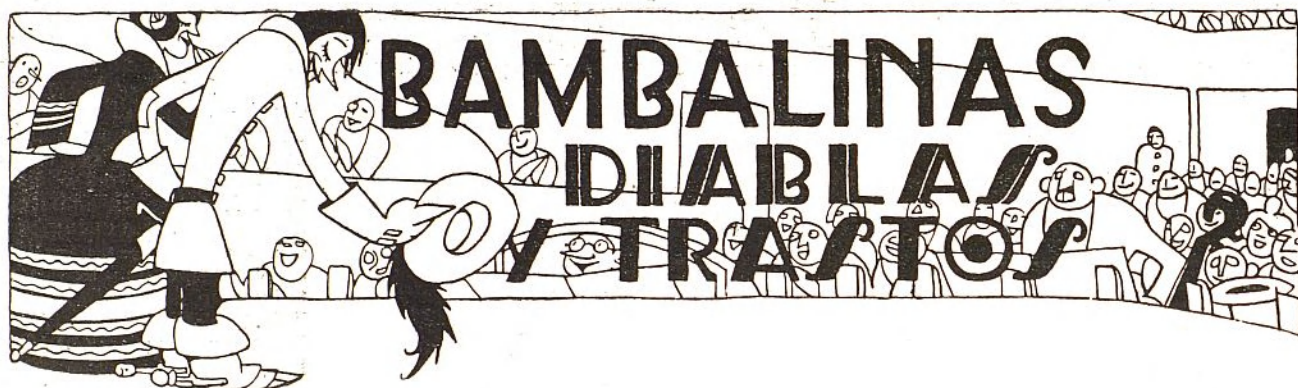
ciego que pueda chocar con nosotros.

—¿Qué te parece?—pregunté dirigiéndome a Raniero.

—Es una mujer precavida—contestó éste.

—La entrada con ella en un sitio público: un restaurant, por ejemplo, toma

BUEN HUMOR se vende en NICARAGUA :- D. Andrés García E., 1.ª Calle del Norte número 29 :- MANAGUA



En Eslava, «Santa Juana», de Bernard Shaw

En Eslava, por la Compañía de Margarita Xirgu, se ha estrenado la *Santa Juana*, de Bernard Shaw. También se ha estrenado un público. Aquella noche era el público el que, como público, se estrenaba o poco menos.

Por lo general, la gente acude a los estrenos para ser juez de lo que ocurre en el escenario; se sienta en su butaca diciéndose: «Vamos a ver si esta obra es buena o mala». Pero cabe también que se vuelvan las tornas a veces y la obra diga al público: «Vamos a ver, y tú, ¿cómo eres: bueno o malo?» «A ti ¿quién te presenta? Si yo tengo que ser buena obra, tú tienes que ser buen público.»

Aquella noche, en efecto, dijo la obra algo por el estilo; el público casi se estrenaba en el uso de ciertas facultades que no necesita poner en juego cuando acude a otros estrenos; ni podía troncharse de risa, ni podía arrebatarse de entusiasmo ante ninguna parrafada, ni podía inclinar la cabeza, soñadora mente. No había, en efecto, en la obra, ni poesía de torfícolis, ni grandezas congestivas, ni comicidad de tripas retorcidas. Y, ¡claro!, tan poco usual era aquello que el público habitual de los estrenos corrientes estaba sin saber qué hacerse con las tripas, que no podían retorcerse, con la sangre, que no podía subírseles a la cabeza; y hasta con la cabeza misma, y el cuello, que no podía torcerse poéticamente.

¿La obra fué del agrado del público?

¿El público fué del agrado de la obra?

Cuestiones son estas que no pueden ser nunca averiguadas por ningún ser mortal. El que quiera convencerse coja unos cuantos periódicos al día siguien-

ble averiguar nunca la verdad en lo que se refiere a este asunto.

De la obra diremos poco. Se trata de algo muy serio; es una cosa muy seria esa obra; de lo más serio que se ha podido ver en la escena contemporánea.

Santa Juana irá a la gloria, incluso como hija de Bernard Shaw, y llevará a la gloria a su padre, aunque no quiera. Nueva «canonización» esta de la *Santa Juana*, de Shaw: nunca el autor irlandés había cumplido con los cánones de un modo tan cabal como en este caso de ahora. La santa logró de él lo que no había podido lograr nada ni nadie, con haber logrado tanto, sin embargo.

Nosotros creemos firmemente que *Santa Juana* ha hecho otro milagro más y ha vencido al inglés de nuevo haciendo que el autor haya escrito un drama católico, completamente católico, aunque Shaw piense otra cosa. Pero nosotros somos críticos y como tales queremos seguir la costumbre de la profesión: afirmar lo que nos parece sin tomarnos la molestia de demostrarlo.

La *Santa Juana* de Shaw, interpretada a lo profano y ateniéndose a las intenciones del autor, viene a decirnos que en este bajo mundo no puede haber persona superior que no pague su superioridad con grave detrimento de su persona. El que se mete a redentor lo crucifigan; no digamos nada el que se mete, como en el caso de *Santa Juana*, a general. Ponerse una criatura al frente de las tropas y vencer en las batallas es un caso tan contrario a todos los casos, tradiciones y costumbres,



Loreto Prado en «Colasín o el chico de la cola».

te de un estreno; en unos verá «Los autores fueron aplaudidos al final de todos los actos»; en otros verá: «La obra no fué del agrado del público». imposi-

que todos los Poderes tomarán cartas en el asunto y pararán los pies al revolucionario. Eso no es propio de generales; lo general, lo más general de todo no consiste, como sabemos, en ganar las batallas, sino en perderlas. Por eso en cuanto Santa Juana ganó las batallas en que ella tomó parte, se asombraron las gentes y dijeron: «Aquí tiene que haber brujería». O milagro o brujería.

Brujería desde luego, porque los milagros vienen de Dios y Dios es el Señor de los ejércitos. El pensamiento general tiene que condenar en tales casos. Los gustos particulares pueden preferir lo que gusten; pero los generales no pueden admitir más que dos clases de soldados: o carne de cañón o carne de parrilla.

Las personas superiores concitan en contra suya todas las enemistades de todos los notables; porque el notable es excelencia de primera mientras no hay sobresaliente—esto lo saben hasta los chicos de la escuela—. En cuanto aparece alguna persona superior, superior a uno, ya uno no es superior y eso es un atentado contra la superioridad, delito que siempre se condena.

No digamos nada si la persona superior no es hombre sino mujer. A las



Castrito en «Colasín».

mujeres superiores les freímos la sangre siempre hasta que se inflaman por nosotros—que es lo que nosotros queremos—; y si son santas y no se inflaman, las achicharramos. Del fuego no se escapan. Por eso Santa Juana fué a la hoguera.

Margarita Xirgu, la insigne actriz, que en años anteriores se dedicó a varios excesos con la cabeza de San Juan, servida en un plato—plato fuerte—, ha dejado a Juan por Juana; se ha sentido santa y ha parecido tan bien a todo el mundo que se le prepara un homenaje. Nosotros brindaremos por ella y por toda la Compañía, por el Sr. López Silva especialmente.

En el Cómico, «Colasín o el chico de la cola», de R. Calonge.

Colasín o el chico de la cola es un sainete muy apañadito, llegando a la comedia en ocasiones y bien llevado siempre.

Todos los espectadores sacamos el pañuelo para pedir la oreja y para limpiarnos las lágrimas. Porque lo que es llorar se llora. Como la gente del pueblo tiene su corazóncito y nosotros somos de ese mismo pueblo, resulta que en cuanto ve uno pasando fatigas y escaseces a un pobre maestro del ramo de la carpintería, viejo y honrado y trabajador y más bueno que el pan cuando era pan y era bueno; y cuando vemos que se queda en mitad la calle, desahuciao y embargao, siendo inocente de tó, se le echa a uno un nudo aquí en el lazo de la corbata y se le llenan a uno los ojos de lágrimas. Cuando vemos que hay gentes que se llevan a las hijas de los carpinteros si son buenas mozas y guapas, se nos hace peazos el alma y gritamos: «¡No hay justicia!... ¡O tós o ninguno!»... y se nos atraviesan las palabras en la garganta... Cuando vemos luego a la hija del carpintero en la opulencia, pero deshonra y desgracia y con la querencia de las tablas—quiere decirse de la carpintería paterna—, y vemos que el noble y anciano carpintero abre otra vez su taller y abre los brazos para acoger a la hija pródiga, mientras el charrán que se la llevó baja la cabeza arrepentido y se quita el sombrero, respetuoso, como ante la procesión (que va por dentro); cuando uno ha estado viendo una familia como aquella, hecha astillas, cá pedazo por su lao, y la vemos de pronto junta y compuesta otra vez, gracias a Colasín que va dando a tós una mano de cola, pa juntarlos, la emoción es tan grande que, ¡amos, y hombre!, los ojos se le anegan a uno aquello no es un espectador, aquello es una gotera, más que gotera, chorrea, y más que chorrea la explosión del tercer depósito.

Creános el lector que había muchos espectadores que en aquel momento preciso—preciso y precioso—se hubieran abrazado a la señorita Lajos y se hubieran quedado como se queda su padre, sin hacer ya caso de nada y sin dejar de abrazarse, pase lo que pase.

Loreto, como siempre, y la de siempre: a Chicote le han concedido una cátedra en el Conservatorio y Loreto pone cátedra donde está, sin necesidad de que nadie se la conceda.



Cobeña en «Colasín».

ENTREACTOS

Pensamientos de Bernard Shaw.

Ya que de Bernard Shaw se habla y la semana teatral pasada puede decirse que fué la semana de Bernard Shaw recordemos algunos pensamientos suyos.

«El hombre que desea la cárcel con más afán es el director.»

«El que puede, hace; el que no puede, enseña.»

«Al primer amor le basta con un poco de tontería y un mucho de curiosidad.»

«El castigo del embustero no está en que no le crean; está en que no puede él creer a nadie.»

«Siempre que leáis una biografía acordáos de que la verdad no es para dicha en público.»

«La vida iguala a los hombres. La muerte deshace a los eminentes.»

MANUEL ABRIL

Fotos Rúa, hechas expresamente para BUEN HUMOR.

DICCIONARIO DE "BUEN HUMOR"

Todo se acaba en este mundo, honorables y pacientes lectores míos, (menos el dinero de que yo dispongo, que mal puede acabarse cuando no ha empezado todavía); y por eso van ustedes a tener hoy la envidiable fortuna de que se acabe para siempre este diccionario, que ya seguramente les estaba pareciendo el cuento de nunca acabar. Lamento con todas mis hercúneas fuerzas que no haya podido salir cosa mejor de los puntos de mi sedosa pluma, pero la certeza que tengo de que ya saben ustedes con quién se gastan el dinero, hace que confíe en que el desencanto no será tan grande como para que me desprecien ustedes más de lo que tienen por costumbre.

Que ya es bastante, ¿verdad?

M

MORAL.—Una cosa por la que velan escrupulosamente los poderes públicos y las personas honestas, pero que se convierte en todo lo contrario cuando los que velan son los sinvergonzos y las sinvergonzonas.

MONO.—El salvador de la Humanidad.

Esto suponiendo que el doctor Cardenal no nos dé un mico.

MAÑA.—La Dolores.

MUNDO.—Baúl grande.

MORENITO DE VALLECAS.—Maleta colosal.

N

NOVIO.—Res destinada por su dueño al matadero.

NADA.—Lo que va a hacer Blasco Ibáñez el día en que se incomode de verdad y decida que la revolución no debe esperar ni un momento más.

NIÑAS DESAPARECIDAS.—Aquí las tienen ustedes.

Hemos comprendido la desesperación de toda España por no poder saber dónde están; y, compadecidos, acabamos de incluirlas aquí. Y así, por lo menos, las encontrarán ustedes en un diccionario, que es menos malo que no encontrarlas en ninguna parte, como hasta hoy venía sucediendo.

O

OPINIÓN.—El Caballero Audaz es un novelista que quita la cabeza.

Esta es una opinión.

Es seguro que ustedes, por llevarme la contraria, tratarán de discutirla, pero como cada uno opina lo que quiere, hemos terminado. Si yo estoy loco, peor para mí.

OFICINA.—Descanso de veinte minutos, seguido de otro descanso de media hora y continuado por otro descanso de tres horas y cuarto; y así sucesivamente hasta que se cansan los empleados y se van a la calle.

OSLO.—Capital de Noruega. *Os lo juro por mi salud.*

P

PESETA.—Diez perros gordos, que no rabian nunca. En compensación, el que suele rabiar es el que no los tiene.

PASA.—¡Adelante!

PESADO.—Hombre con más peso del que corresponde a una persona seria y elegante.

PANADERO.—Hombre falto de peso.

PRESTAMISTA.—Hombre que nos pesa a los demás. Que nos pesa haberle conocido, se entiende.

Q

QUIMERA.—El talento de Melquiades Alvarez.

QUIEBRO.—Faena de torero.

QUIEBRA.—Faena de banquero.

QUEVEDO.—Gloria de España y gloria de Madrid.

R

ROPA.—Un terno.

REDIÓS.—Otro terno.

RELOJ.—Objeto con cuerda.

RETRETE.—Idem con cadena.

RUSO.—Prenda de abrigo.

Lleva el mismo nombre nuestro querido correligionario Chicherín, que también es ruso y también es de abrigo.

S

SOBO.—Manera de pedir relaciones en los pueblos de Galicia.

SUEGRA.—La razón de la creciente prosperidad de las cacharrerías españolas.

SUECO.—Nacionalidad de Romanones cuando le piden cinco duros.

T

TABACO.—Planta aromática, de fácil combustión, que deja escapar un humo blanco en forma de fantásticas espirales. Es absolutamente desconocida en España.

TABERNA.—Reunión de académicos de la lengua.

TABARRA.—La colección de obras completas de Pirandello.

TEMPESTAD.—Indigestión de legumbres.

U

UNO.—Número de admiradores del ilustre escritor señor Hoyos y Vincent.

URBANO.—Guardia de la porra.

ULPIANO.—Otro guardia de la misma respetable clase.

ULOGIO.—Otro guardia, y no conocemos más. No se extrañen ustedes de la manera que escribimos el nombre. Así es como se firma él y no vamos a llevarle la contraria.

V

VANIDAD.—La frase *me duele la cabeza*, dicha por Alvaro Retana.

VALOR.—Lo que hace falta para sostener que el teatro Fontalba pone todos los días el cartel de *no hay billetes*.

VERDAD.—¡A don Eugenio d'Ors no hay dios que lo entienda!...

Y a ver si esto no es verdad.

Y

YERNO.—Asesino probable.

YEPES.—Población famosísima por los melindres que hace.

YOLANDA.—Una amiga nuestra, que también hace melindres.

Pero nosotros no hacemos caso y procuramos disuadirla de esa tontería.

Yo.—Un servidor de ustedes.

YEGUA.—Desgraciadísimo animal que frecuentemente está en un potrero.

Z

ZARZUELA.—Cualquier cosa, menos *La calesera*.

ZAPE.—Camelo gaditano, usado frecuentemente desde que debutó el genial artista Edmond de Bries.

ZALAMEYÍA.—Consuelo.

ZAPATO.—Con suela.

ZAPATAZO.—Golpe dado con un zapato. Si el zapato es elegante y caro, se puede dar el golpe sin necesidad de enfadarse.

ZAMORA.—Colección de zapatazos y *goal* seguro.

ZUAZO.—Lugar para donde salgo mañana a tomar aguas, en previsión de que ustedes me manden a tomar vientos, para lo cual tendrían sobradísima razón.

ERNESTO POLO

COSAS QUE USTEDES NO SABÍAN

(Y QUE, GRACIAS A MÍ, LAS VAN A SABER DESDE HOY)

Habita en cierta población checa, de bastante importancia y de más de doscientos mil habitantes, (por lo cual, además de población checa, es una población grande), un apreciable sujeto casado y sin hijos que se dedica al noble deporte del boxeo. Este buen hombre, que unas veces da morradas y otras veces las acepta (con arreglo al refrán que dice que *donde las dan las toman*, y con arreglo al otro proverbio que reza *hoy por tí y mañana por mí*, y con arreglo frecuente de enormes desperfectos faciales y de ro-

tundas abolladuras fisonómicas); pues este buen hombre, repetimos, ha tenido la fortuna de ganarse, además de los soplamocos oportunos, unos cuantos camp onatos que le tienen bastante orgulloso, aunque no hasta el extremo de no hablarse con nadie, pues si bien es verdad que no se habla conmigo es porque no me conoce y porque yo no le entendería, que no por otra cosa.

El aludido gachó es campeón de pesos pluma de Checoslovaquia, campeón de medios pesados de Yugoslavia, y campeón de faltos de peso de

Moravia, de Cracovia, de Batavia y de Varsovia. ¡Una barbaridad, en suma!

Ahora bien, creo haber dicho ya que este pobre bestia es casado (bestialidad mucho mayor que dar puñetazos, y majadería mucho más decorativa que recibirlos). Su mujer es hermosa, pero sin seso, como el famoso busto al que olfateó la acreditada zorra; y, ¡claro!, un día sucedió en el domicilio del boxeador, y durante su ausencia, lo que tenía que suceder: mientras él pegaba una paliza a un colega delante de tres mil espectadores, su linda cónyuge



—¡Hágame el favor de encoger las piernas!...



—¡Con mucho gusto!

Dib. MONDRAGÓN.—Barcelona.

opinó que ella debía pegársela a él delante de un sólo espectador, hombre guapo pero nada púgil (ni falta que le hacía para el caso).

¿Se enteró el boxeador del denso ridículo que se proyectó sobre su vida?

Lo ignoramos; pero el caso es que algo debió de sospechar, por cuanto empezó a adelgazar aceleradamente... Y un día que le preguntaron dos distinguidos *sportsmen* la clase de peso a que pertenecía (por haber discutido entre ellos si era *peso mosca* o *peso pluma*), contestó el pobre boxeador:

—Les diré a ustedes... Antes estaba calificado como *pluma*; pero desde que mi esposa recibe lecciones de esperanto de cierto joven eslavo, me he vuelto un poco *mosca*...

Recomendamos el procedimiento a los nobles púgiles que deseen perder peso. Es tan infalible y tan rápido, que da gusto.

No tengo motivos para dudar de que mis lectores sean absolutamente católicos, apostólicos y romanos, aparte de acendradamente fieles y de furibundamente creyentes. Es más, creo que los habrá hasta fanáticos y atroces, y a mucha honra y yo que lo vea. Tampoco puedo dudar ni un momento de que sean devotos de todos los santos, santas y mártires que, como San Sebastián, San Lorenzo, San Bartolomé,

BUEN HUMOR

Santa Dominga y Santa Juana de Arco, se dejaron hacer pedazos así de pequeños antes que renegar de la idea a la que habían tenido por conveniente consagrar su existencia. Pero de lo que sí dudo de una manera rotunda es de que mis lectores conozcan a San Dativo. Ya sé que esto es una ignominia para un fiel creyente, una vergüenza de la que con dificultad se consolarán los que en ella se hayan derrumbado, pero el hecho cierto e irremediable es que ustedes no conocen a San Dativo. ¡No me lo nieguen, porque va a dar igual!

Afortunadamente para ustedes, estoy yo aquí y estoy dispuesto a subsanar este deplorable descuido (con mi acostumbrado desprendimiento. San Dativo, cuya conmemoración se celebra el día diez de septiembre, fué un caballero africano y mártir, obispo de Badea, según mis informes, y condenado al suplicio de las minas, allá por el año 260, después de haber sido molestado con otros muchos trabajos y penalidades de las que hacemos gracia a nuestros lectores para resarcirles de otras veces en que no les hacemos gracia ninguna.

Por cierto que la nota más curiosa de la vida de este mártir fué la forma en que los martirizadores pudieron capturarlo. Se asegura que, a no ser por un miserable pagano que le denunció, nadie habría sabido la propaganda que de la verdadera religión estaba haciendo. Acusado por el infame susodicho, fué juzgado y condenado para su mayor gloria y se acabó todo en pocos minutos.

Suponemos que nuestros queridos leyentes y favorecedores tendrán para Dativo una perpetua oración y para el otro, que nadie puede negar que fué acusativo, un permanente desprecio.

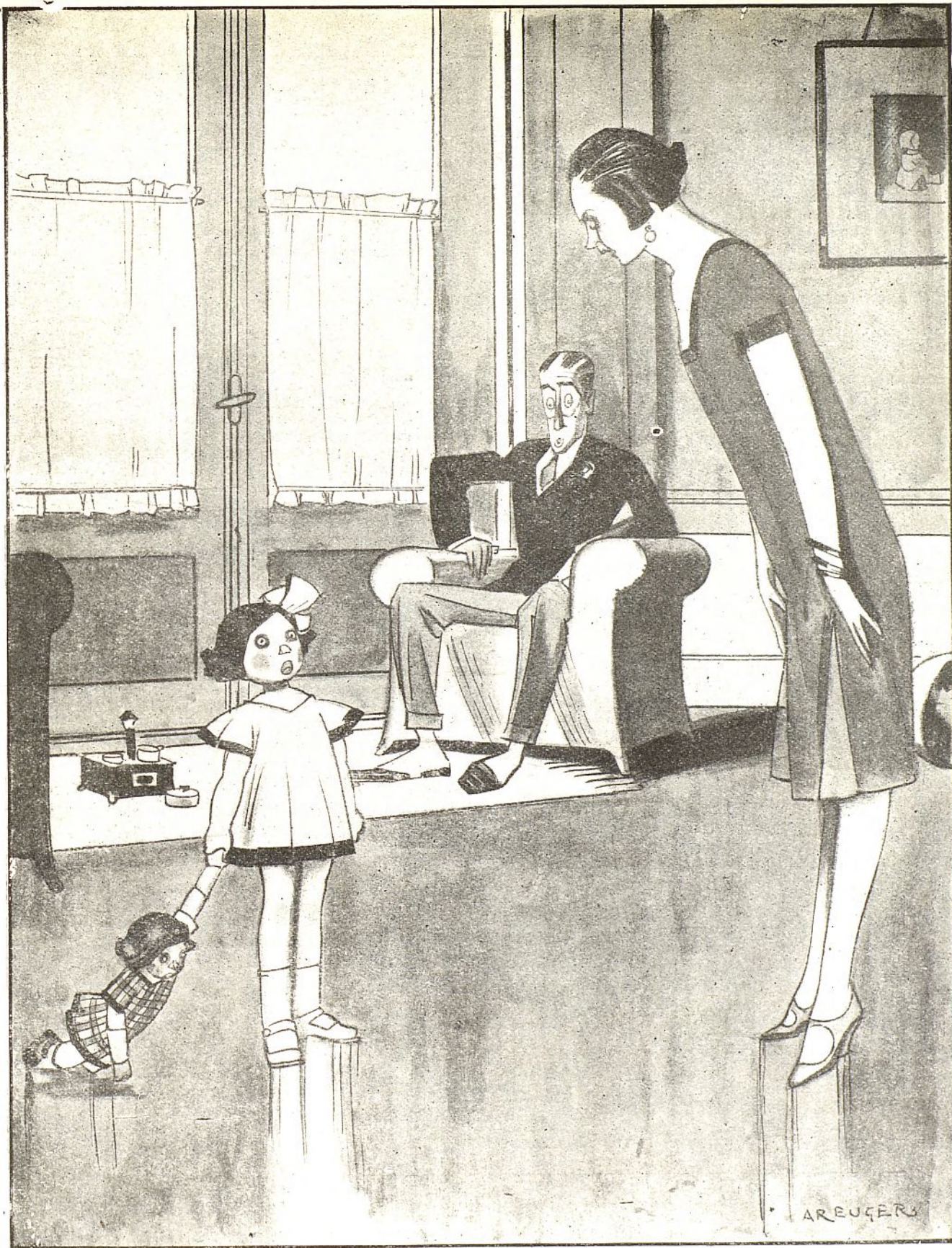
NÉSTOR O. LOPE



Dib. GORI. —Madrid.

LA NOCHE DEL SÁBADO

—¡Bueno, guardia! ¡A ver si me va usted a fajar a los cuarenta y cinco años!



Dib. AREUGER.—Vadr d.

—Mira, nena, deja la muñeca y deja de imitar a la doncella, y ves a darle un beso a tu padre, que acaba de llegar.
—¿Un beso? ¿Pues no dices que no quieres que imite a la doncella...?

EL MUNDO ES UN BUÑUELO

—¡Ah, caballeros! ¿Que por qué tengo siempre esta cara? Yo podría darles una contestación banal: «porque no poseo otra». Pero ustedes me creerían un ser superficial, uno de esos hombres que no piensan sino en comer, y que no han leído a Kant, ni estudiado los presupuestos, ni paladeado el acibar de la desgracia. En vista de ello, voy a responderles de otro modo.

La vida, señores, es la que me tiene con esta cara de amargura. El mundo, amigos míos, que es un semillero de cosas malas, un granero de absurdos y despropósitos... Créanme: los hermanos Quintero, con su proverbial optimismo, se equivocaron al definirlo. No, y mil veces no. El mundo no es un pañuelo. Si acaso, un estropajo. Porque el mundo, este mundo que entre todos componemos, es una birria, una idiotez, un garabato, un borrón... En suma: un buñuelo.

Vamos a ver: ¿qué es lo que en él vemos? Paisajes, ¿no? Perfectamente. Pero, ¿qué es un paisaje? Un lugar en que hay césped y árboles, y un trozo de cielo sobre éstos. En el mejor de los casos, algunas ovejas y un lago más o menos tranquilo y menos o más poético. Reconozcan que todo esto lo vemos a diario en el Círculo de Bellas Artes. Y no me negarán que muchas de las veces—aunque los paisajes naturales estén fielmente llevados a los lienzos—no vale la pena de contemplarlos.

Los libros, y entre éstos principalmente los de versos, también aprisionan paisajes entre sus páginas. Pero, ¿son paisajes reales los que en los libros vemos? No. Los poetas hablan de lo bueno, pero omiten lo malo. No mencionan, cuando tratan de los campos, el olor a heno que despiden. Ni el desagradable que exhala el ganado cuando del ganado hablan. Nombran los pájaros, pero no las culebras y las lagartijas. Y además, mienten. Ni todos los paisajes tienen lagos, ni todos los lagos son de cristal, ni a ellos bajan en lluvia las estrellas, ni éstas son bebidas por los burros... Forzoso es reconocerlo, pero los burros son tan burros que no se beben las estrellas...

Y vean ustedes cómo los burros somos nosotros. ¿Por qué, en vez de llevar todo eso a las cuartillas, no lo hemos llevado a la realidad? ¿No habiéramos salido todos gananciosos, los pájaros, los lagos, los luceros, el paisaje, nosotros?... ¡El hombre es el animal más grande que existe!

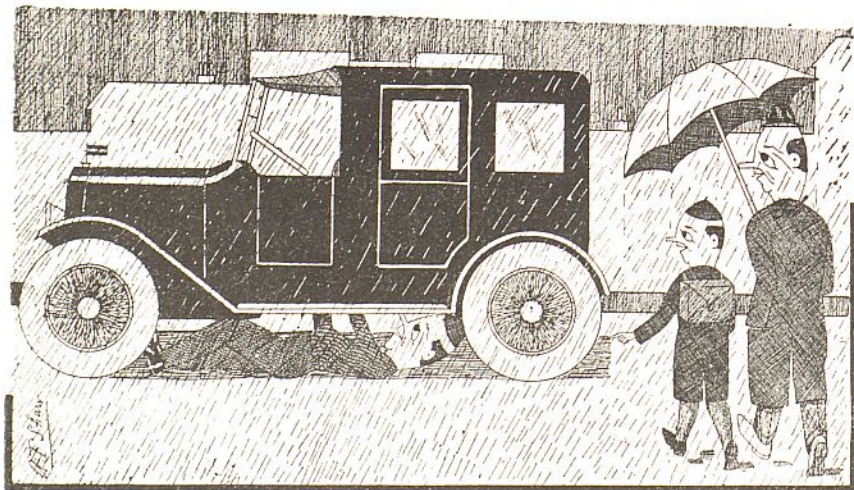
Paralelamente a lo que ocurre con los paisajes, pasa con todo. Vemos una mujer que nos parece hermosa, y cometemos la tontería de casarnos con ella. Naturalmente, al poco tiempo observamos que es terrible. Soñábamos, durante las relaciones, con que apoyara su cabecita en nuestro hombro. Al cuarto día, la cabecita pesa como el hierro. En cuanto a sus ojos, que calificamos de celestiales, se nos antojan infernos... Vemos una rubia, y deci-

mós que sus cabellos son de oro... ¡Mentira! Si lo fueran, si siquiera se nos antojaran de oro, inquiriríamos el nombre del joyero que más caro pagase el codiciado metal. ¡Somos unos imbéciles!

Sigamos con el amor. Todos hemos asistido a alguna de esas zarzuelas y operetas en que el enamorado es un príncipe, y en que él y la tiple se declaran su amor cantando. En la vida, ni todos los enamorados son príncipes, ni cantan endechas bajo la luna y junto a la reja, ni quien las cantase se retiraría satisfecho, porque al instante tendría junto a sí un centenar de curiosos y un guardia luego que le detuviese por escándalo. Es más, todos sabemos cómo son las declaraciones: balbuceos, tropiezos, estupideces... «Señorita, desde que la ví, no como, ni duermo, ni vivo...» ¿Quiéren ustedes algo más prosaico? ¡Intercalar la comida en el amor! O bien: «¡Qué buen día es hoy, Fulanita!, ¿verdad?» ¡Vamos, como para que lo aspen! En cuanto a ellas, ni todas son discretas, ni bonitas, ni, por de contado, cantan. ¡Habría que oír a la hija de mi portera, con el vozarrón a lo Morano y el oído a lo Linares Rivas que posee, dar una negativa cantada! No, se limitan a bajar los ojos, y a decir conteniendo la respiración para atraer el carmín: «Lo pensaré...»

Voy a terminar, caballeros. Ya se habrán convencido de lo estúpido que es este mundo. Y de lo estúpido que los hombres somos. ¿Por qué no hemos procurado que el cabello de las rubias sean verdaderamente de oro y dos cielos los ojos de la amada, y leve y sutil su cabecita? ¿Y por qué no nos hemos afanado para nacer príncipes—escogiendo una madre princesa; el recurso, como ven, es muy sencillo—y no hemos aprendido a cantar bien, y a tocar la mandolina y a llevarnos la mano al pecho cuando hablamos y movemos giratoriamente cuando nos movemos? ¡Ah, amigos míos! Nos hemos preocupado de llevar éste a la vida al teatro, en vez de llevar éste a la vida. Por esa causa, el mundo es un buñuelo; algo deleznable que no merece la pena de nombrarlo. Y a propósito... Alguno de ustedes, ¿me puede prestar un duro? ¿No? Otra vez será. Espero que, al menos, pagarán mi café. Es otra de nuestras necesidades: no haber buscado nuestros padres entre los ricos... Vaya, no quiero cansarles más. Buenas noches...

Dijo. Después, se abrochó el gabán y salió majestuosamente. Detrás, piruetando burlescamente en el aire, las sonrisas de los contertulios...



Dib. SHAW.—Bombay.

—¡Papá, mira dónde se ha metido el chófer para no mojarse!...

DIEGO PRADO DEL ÁGUILA

UN CASO LEGAL

I

Yo era un hombre confiado. Debido a ello, no podían inquietarme aquellos ruidos que parecían engendrados por la violencia hecha en la cerradura de la puerta y por los goznes de ésta al abrirse sus hojas. Tampoco podía inquietarme aquel otro ruido indicador de la caída de una silla. Las sillas se caen frecuentemente y un fenómeno tan constante no debe ser causa de alarma aunque tenga lugar a una alta hora de la noche. No fueron suficientes tampoco para romper mi confianza, aquellos otros rumores de pasos cautelosos, aquel golpe seco de cuerpo humano que choca contra algo duro, ni aquella voz que, siguiendo al golpe, dijo con acento airado:

—¡Maldita sea!... ¡He estado a punto de dejarme las narices pegadas a la pared!

Únicamente cuando se iluminó la estancia y contemplé en ella a un individuo de siniestra catadura, dueño de un revólver, he de confesar que, la confianza que hasta entonces tuve, cesó repentinamente.

—¡Silencio! ¡No pronuncie una palabra o disparo!

Aquellas fueron sus primeras palabras.

II

Luego, cuando se convenció de que yo no intentaría nada contra él, comenzó a registrar la estancia revolviendo lo poco que en ella había. Fué el suyo un trabajo terrible, de angustia suprema, pero infructuoso. Demostraba su descontento con palabras groseras en extremo. Y, ante el sufrimiento de aquel hombre, comenzó a despertarse en mi pecho el sentimiento de la compasión.

—No se canse—le advertí—, no encontrará nada. La operación que está usted realizando la he realizado yo ininidad de veces y siempre he obtenido el mismo resultado.

El ladrón estaba materialmente extenuado. En su rostro se reflejaba el sufrimiento del fracaso. Y, sin embargo, persistía tenaz en la busca.

—Tiene usted razón—dijo al fin—. ¡No hay nada!—La voz fué un suspiro doloroso—. He perdido la noche—continuó como si hablara consigo mismo—. Reconozco que soy un mal ladrón.

—No, hombre, usted no tiene la culpa; usted es un buen ladrón, lo que sucede es que yo soy un mal propietario—dije para consolarle.

—Gracias, señor.

Se sentó a los pies de mi cama. Yo, agradeciéndole la confianza, encogí las piernas para dejarle más sitio. Y hubo una pausa, que rompió él diciendo:

—Yo no he nacido para este oficio, me faltan condiciones. Por no contrariar a mi padre y amargarle los últimos años de su vida, principié a ejercer,

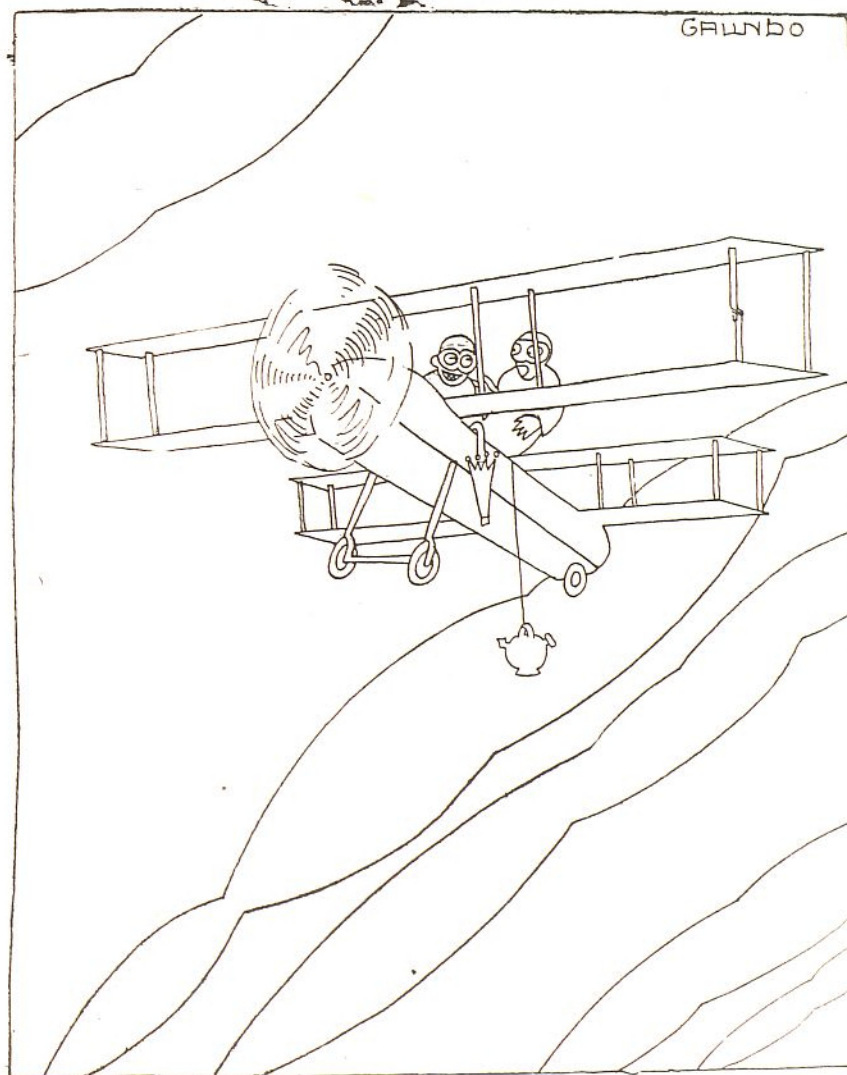
pero reconozco que no he de llegar nunca a la altura que llegó aquel que me dió la existencia.

—Tenga usted calma. Un desacierto lo tiene cualquiera.

—Uno, sí; pero es que yo puedo contar los desaciertos por actuaciones. ¡Soy muy desgraciado, señor!...

Y comenzó a llorar amargamente.

Las lágrimas del nocturno visitante



Dib. GALINDO.—Mañr d.

—No debíamos haber abandonado tan pronto la colonia portuguesa...

—¿Por qué?

—Porque desde que hemos dejado la colonia nos falta esencia.

llamaron a mis lágrimas y ambos lloramos largo rato. Luego, algo más tranquilo, puse sobre sus hombros mis dos manos, le miré cariñosamente y le dije:

—¡Cálmesel! ¡Hay que ser hombre y sobrellevar las contrariedades con resignación!

El ladrón, abandonando mi lecho, púsose en pie, enjugó sus ojos con el embozo de la sábana y musitó:

—Me voy... Perdone que le haya interrumpido...

Comenzó a andar en dirección a la puerta.

—¡Adiós!—dijo volviendo la cabeza.

Se detuvo en el umbral. En su rostro se reflejó una esperanza y, nuevamente, con mayor afán que antes, reanudó el registro de la habitación. Y, de improviso, alzó su brazo derecho con ademán de triunfo y mostró a la luz, entre sus dedos pulgar e índice, un billete de veinticinco pesetas.

—¿Y ahora, qué dice usted ahora?

En aquel momento yo no podía decir nada. El asombro me tenía paralizado y mudo. ¡Un billete de veinticinco

pesetas en mi cuarto, en el cajón de mi mesa! Como no fuera un anuncio... Le expresé la duda al ladrón.

—Los anuncios no se acostumbraban a hacer en esta forma. ¡Mire! Por los dos lados es billete, un billete auténtico.

Me lo mostraba tan cerca, que no tuve más que alargar la mano un poco para adueñarme de él. Y comenzó una lucha feroz, terrible. El revólver del ladrón vino a mi mano y, resueltamente, decidido a todo, le apuné al cerebro.

—Me ha vencido usted—dijo mordiendo las palabras—. Pero le juro que ese dinero será mío.

Se fué. En mi mano izquierda ondeaba triunfante el billete.

III

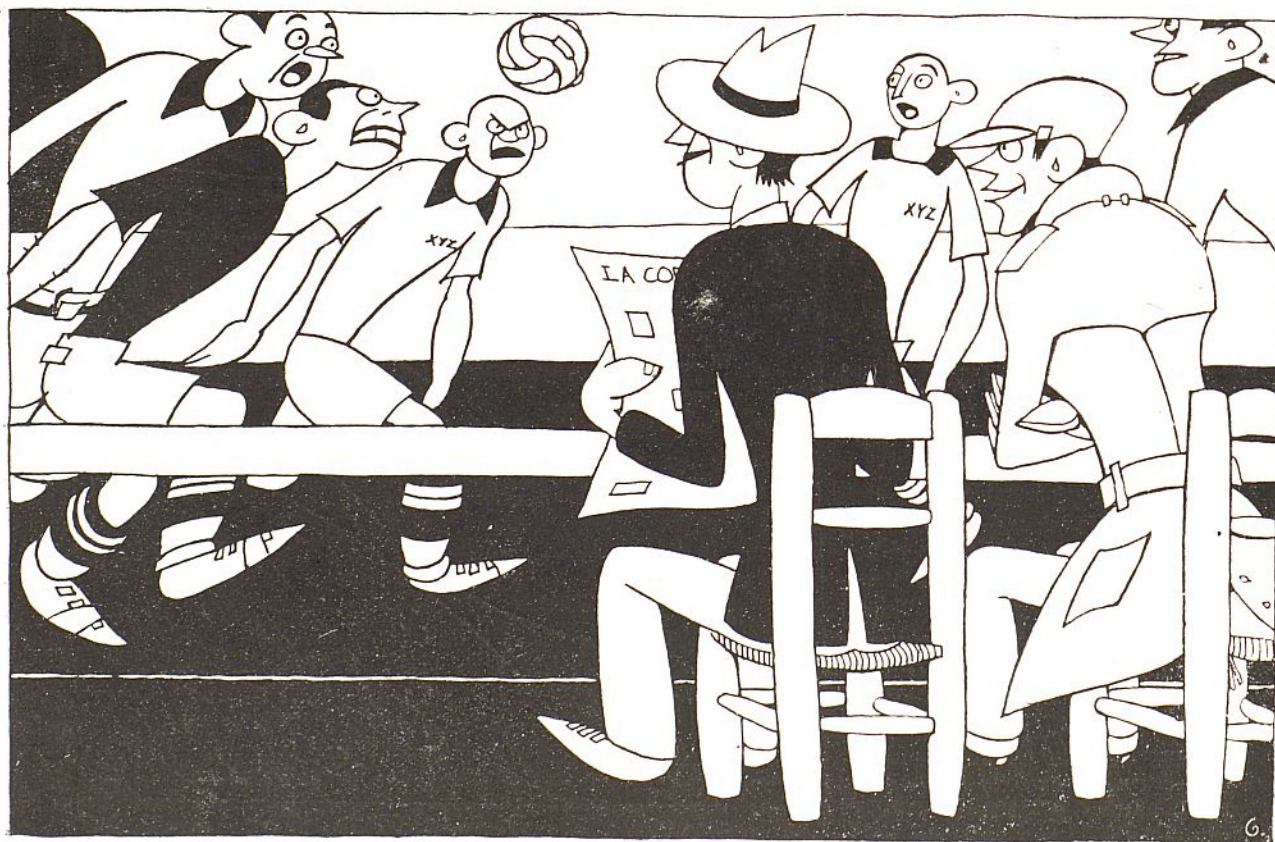
Hoy he recibido una carta que dice así: «Muy señor mío: Convencido de que por derecho me corresponde el

disfrute de las veinticinco pesetas que usted me arrebató la noche que le visi-

té, he encomendado el asunto a un abogado amigo, que presentará a los tribunales una denuncia contra usted por robo. El billete no era de nadie —ya que usted desconocía su existencia—, yo lo descubrí y, en último caso, me corresponde la mitad de él por tratarse de un hallazgo en inmueble perteneciente a otro. Código Civil, artículo 351. Lo único que usted podría alegar en su favor es mi condición de *visitante inesperado*. No se moleste. Usted, compadecido de mí, me permitió registrar los muebles por si en ellos encontraba algo que me pudiera ser útil. Desde el instante en que apostó a mi trabajo su consentimiento, yo dejé de ser un ratero. Suyo, Antonio Estáñez.»

Escribo esta narración de lo sucedido con la esperanza de que caiga en manos de alguno de los jueces que me han de juzgar. ¡Créanme, yo no soy el ladrón!...

J. SANTUGINI PARADA



Dib. GARRIDO.—Madrid.

—¡Chico, yo no sé cómo éste, siendo tan bajo, puede pasar por alto!...

LA GRACIA DE LOS OTROS

CHISTES DE TODO EL MUNDO

Unos novios embarcaban para hacer el viaje de luna de miel. Cuando estaban en el barco despidiéndose de la familia, se le cayó a la novia al mar el anillo de boda.

Algunos días después, comiendo en un hotel de Nápoles, pidieron les sirvieran un pescado.

¿Qué creen ustedes que se encontró dentro del pescado? Espinas.

De Boston Transcript.

—¿Para qué llevas ese cordón atado al dedo?

—El profesor Armstrong me encargó que me lo pusiera para que me acordara de hacer mis temas de inglés.

—¿Y los has hecho?

—No, se le olvidó darme los temas.

De Bristol Evening News.

—Has heredado recientemente, ¿por qué no me pagas lo que me debes?

—No quiero que la gente diga que al heredar he cambiado mis costumbres.

De Die Muskete. Viena.

Un famoso pianista, divorciado, viviendo con su mujer actual, también divorciada, fué interrumpido en su trabajo por ella que le dijo:

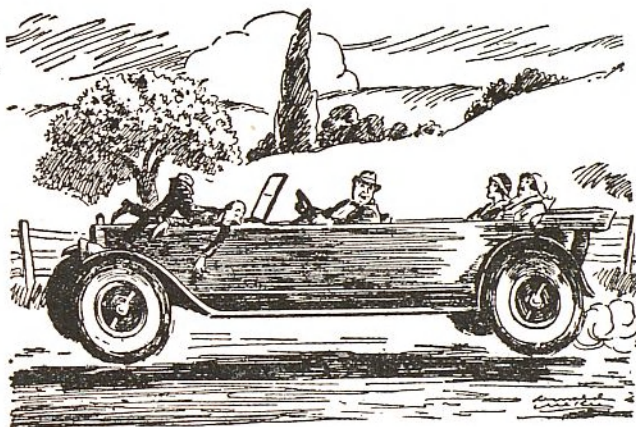


—Mi padre me dice que debería hacer algún ejercicio físico.

—¿Y qué piensas hacer?

—Me voy a afeitar sólo desde mañana.

(De Vikingen, Oslo).



—¡Es tan chiquitín que no merecía la pena el atropellarlo!...

(De London Opinion, Londres).

—Mira, Rodolfo; tu chico y mi chica están pegando a nuestro chico.

De Nebelspalter Zurich.

¿Aren't you showing in this exhibition?



EL PADRE.—¿Es un muestrario? Pues elijo el de los ojos azules. Los demás puede llevarse los.

(De The Humourists, Londres)

—No. This is only for posthumous works.

—Well, can't you paint as posthumously as anybody else.

De «Buen Humor», publicado por The Passing Show.

El marido.—¿Pero por qué tengo que invitar a mis amigos a cenar los

miércoles y no otro día cualquiera?

La mujer.—Porque el novio de la cocinera viene a verla los miércoles y ese día cocina mejor.

De Der Brummer. Berlín.

Un muchacho se tragó una peseta. Todos los recursos que emplearon los médicos para extraérsela fueron inútiles y el padre, perdida toda esperanza, pensó en el Ministerio de Hacienda. Un empleado de este Ministerio fué llamado y en un momento tuvo un éxito extraordinario. Consiguieron extraerle al muchacho una peseta y cincuenta céntimos.

De Il Travaso, Roma.

—Encantado de ver que llega usted a tiempo todas las mañanas.

—Sí, señor; he comprado una cotorra.

—¿Una cotorra? ¿Para qué? ¿Yo le aconsejé que comprara un despertador.

—Lo compré, pero después de utilizarlo unas cuantas mañanas, y no conseguir nada, me decidí a comprar una cotorra y ahora, cuando me retiro a casa, cuelgo el despertador en la jaula de la cotorra, y cuando ésta despierta al sonar el timbre, hay que ver el escándalo que arma con su charla. No hay quien pueda dormir en la casa.

De Bristol Evening News.



—¡Oh! ¡Si estuviera casado con esta mujer con qué gusto me divorciaba ahora mismo!

(De Le Rire Paris).

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR



No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección.

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR

Apartado 12.142

MADRID

V. G. C. Burgos.—El que usted sea feliz con el amor de la señorita Tomasa, no le da derecho a hacernos desgraciados a los demás convirtiéndolo en materia literaria. ¡Eso, para Tomasa y para usted, y que les aproveche y que dure mucho!

R. M. I. Madrid.

Es muy graciosa su oda y nos ha hecho reír *toda*.

¿Que usted la ha hecho para que lloremos? ¡Ya lo sabemos! Pero hemos pensado que llóre su señora tía política, si es que buenamente tiene ganast...

.....
¡Soldado! si te acatarras no podrás gritar ¿quién vive?; pero puedes remediarlo tomando Jarabe ORIVE.
.....

R. S. D. Madrid.—El que Valle Inclán no se afeite es cosa que no nos interesa a nosotros pero lo que se dice ni un pelo.

C. S. E. Valencia.—Su elogio a Carlos V llega a nuestras manos con un retraso de varios siglos, que es imposible disimular. Ya no quedan amigos de don Carlos que puedan agradecer el lírico desahogo.

Enrique Soriano, Valencia.—Le rogamos, casi de rodillas, que nos indique su dirección para remitirle el número 14 que pide en su carta del día 15 del anterior.

Picicatto, Madrid.—

Además de Picicatto, es usted un *mentecatto*.

Amézcuca, Guipúzcoa.—¡Idiota que te estás o así! ¡Cesto que te chupas!

Patricio, Escorial.—¿A que eso lo ha escrito usted sentado en la silla de Felipe II y en un día de viento?... ¡Vamos, no lo niegue, hombre!... Ahora, que otra vez escriba usted en una cama furca, que es un mueble más cómodo.

**SENSACIONAL
DESCUBRIMIENTO**
os asombrará en breve plazo

M. U. R. Sevilla.—¿Conque el del bergantín *Nauta* era muy grande? ¡Para palo grande el que usted se merece por su estúpida narración! ¡No se lo damos por un escúpulo verdaderamente humanitario, créanos usted a pezuñas juntillos!

H. Z. Vigo.—Es usted más tonto que un té sin pastas.

Antero, Lorca.—¿Con que *A una ingrata*?... Díganos cómo se llama esa señorita, para que la Redacción la felicite calurosamente. Porque suponemos que habrá rechazado el amor de usted con el ímpetu desafiante que merece el susodicho amor... ¡Hay señoritas que son lince, mi apreciable Antero!

Gálfndez, Madrid.—Su atrabillaría cañillaria es una cosa asaz ordinaria; y la prosa en que está escrita, rematadamente *malaria*.

Crédulo, Madrid.—Crédulo necesita usted ser para figurarse que nosotros nos íbamos a tragar esa colección de espantosas imbecilidades que, generosamente nos dedica.

A M A D O R

FOTÓGRAFO

PUERTA DEL SOL. 13

M. P. G. Madrid.—¡Querido y ortodoxo compañero! ¡Ya era hora de que saliese un humorista... Ahora bien: ese humorista no es usted, por desgracia. Nos queremos referir al conde de Valledano que nos ha dado esa sorpresa en su último discurso.

C. R. L. Barcelona.—*El bigote* no resulta adecuado para BUEN HUMOR. Pruebe a ver si se lo admiten en la «Gua de ferrocarriles». Así resultaría un bigote con gua, o una gua con bigote, que de las dos maneras lo podemos decir, suponiendo que usted no se oponga.

Telémaco, Carcagente.—¿Sus versos?... ¡Son una preciosidad, hombre! ¿Pero ha sido usted capaz de dudarle ni un solo momento? ¡Si no hay más que verlos para convencerse!

Dicen así:

«Marcelino, Marcelino,
no seas malo, *ves por bino*.
Marcellino, Marcelino,
Marcelino fué por *bino*
a casa de don Faustino...»

Y oiga usted: ¿se lo dieron *vueno*?... ¿Era por una casualidad *vlanco*?... ¿Fué de *gerez*?...

En fin, bromas aparte, ¡que usted se alivie y que se alivie la ortografía de usted, que buena falta les hace a ambos!

J. G. Marcuello, Alicante.—La leve ingenuidad que, con el título *Ellas*, nos remite no ha logrado encender nuestro entusiasmo. Nos gustan todas, esta es la verdad, pero *Ellas* no nos gustan nada. ¡Paradojas que hay!

G. G. A. Madrid.—Su artículo *Pocas pretensiones*, del que nos remite copia, estaba ya pendiente de publicación cuando usted nos escribió. Tenemos además otro suyo en cartera; lo que pasa es que nos llueven los compromisos y no podemos complacer a todo el mundo con la celeridad desbocada que quisiéramos.

Si queréis estar muy majas, leer esto, os interesa, no existen corsés ni fajas, como los de *Casa Presa*.

Sostén pechos "Ideal"

Fuencarral, 72. Tel. 48-00 M.

C. D. Madrid.—Su *Historia de una idea* nos ha dado una idea muy pobre de su ingenio... Y además nos ha dado una idea muy mala: la de arrojarla al cesto, cosa que hemos verificado sin tanto así de remordimiento. Usted perdone.

Sem, Madrid.—Admitimos un dibujo de los dos que nos envió.

Manoliño, Sevilla.—Escribir con lápiz y sin gracia es exponerse a que se le rechace con furia y sin miramientos. Se lo declinamos con lealtad y sin rodeos. Suyos afectísimos.

CUPÓN

correspondiente al núm. 223 de
BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.



Manzanilla "ROMULO Y REMO"

Una taza en ayunas evita los purgantes y las bilis. Tomada después de las comidas facilita la digestión.

ES MEJOR QUE EL TÉ, PORQUE NO DEBILITA, Y QUE EL CAFÉ, PORQUE NO EXCITA. PIDASE EN HOTELES, FONDAS, CAFÉS Y BARES — De venta: en farmacias, droguerías y ultramarinos. Bote, 1,50 ptas. Bolsita, 0,10 ptas. DISTRIBUIDOR EXCLUSIVO EN MÉXICO, Evaristo Alfaro, 5.ª calle de San Juan de Letrán, 63.

EL BUEN HUMOR DEL PUBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un pseudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos

El premio del número 221 ha correspondido al siguiente chiste:

—Un capitán, encolerizado por lo vago que era un cabo de su compañía, le decía:
—¡Cabo, es usted un golfo!

Yo.—Barcelona.

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO

Entre amigos.

—¡Oye, Juan! ¡El otro día me dijeron que te habías muerto!

—Pues no lo creas, porque aquí me tienes vivo. ¡Y si me hubiese muerto, te lo diría lo mismo!

Juan José García.—Albacete.

Noticia criminal.

Ayer le dieron a una pobre mujer, entre dos asesinos, tantas puñaladas que no se ha podido encontrar el cadáver.

Juan y Manuela.



—En qué se parece la Puerta del Sol al esportón de un barrendero?
—En que la primera es... Puerta del Sol, y el segundo es-puerta de la basura.

Masto.—Madrid.

La niña aseada.

—Carmencita: en la sala te espera el profesor de piano. ¿Te lavaste la cara y las manos?

—Sí mamá.

—¿Y las orejas?

—Me he lavado la del lado del profesor.

P. Vivanco.—Ferrol.

Examen de física.

—¿Que pasará si echamos al fuego una moneda de plata?

—Pues... que me quemaría una mano por cogerla.

Chis TT.

—¿Cuál sería el colmo de los aviadores Franco y Ruiz de Alda?

—Que salieran de Buenos Aires a Palos.

Zald.

Entre amigos.

—¿Oye, sabes donde se celebran todos los matrimonios?

—¡...!

—En Breve, hombre. ¿No has oído decir siempre... cuyo matrimonio se celebrará en breve... en breve se casarán?...

K.—Listo.—Madrid.

—¿Por qué tienen los pies grandes los ingleses?

—¿...?

—¡Pues, hombre, porque en Inglaterra está lloviendo siempre, y con el agua crecen las plantas!

A. Avilés.—Bilbao.

A la Humanidad entera
Orive legó un tesoro
de valor incalculable;
¿que cuál? El Licor del Polo.

El sargento.—¡En su lugar, des-cansen!

(Un quinto se sale de las filas y se marcha).

El sargento.—¿Adónde vas, idiota?

El quinto.—Pues a mi lugar a descansar.

J. M. Conde.

—¿Cuál es el colmo de un barbero?

—Apurar a un fresco.

A. García y de Benito.

Madrid.

El Jardínero.—Mire señora Marquesa, esta planta es la del tabaco.

La Marquesa.—¡¡Qué bonita! ¿Y cuando va a empezar a dar pitillos?

El médico.—Aquí le traigo la cuenta por los honorarios de su difunto esposo.

La viuda (leyendo el importe).—Esto no es cobrar la factura, ¡esto es heredar al difunto!

Carlos de León.

"BUEN PROVECHO"

Vino tónico de maravillosos resultados para ancianos y convalecientes

"Los Feas" Alberto Aguilera, 29
Teléf. 11-59 J. -1-

El colmo de un peluquero:
Estar en relaciones y no poder pelar la pava.

*Eduardo R. Castellanos.
Madrid.*

—¿Qué cosa es la que empezando siendo femenina, cambia de sexo al final de su vida?

—La vela, que al concluirse es cabo.

Científico.—Habana.

Otro número de BUEN HUMOR agotado.

Al simpaticote que presente en nuestra Administración un ejemplar del número 14, en buenas condiciones, le obsequiaremos con UNA PESETA y le daremos las gracias.

—¿Por qué compras BUEN HUMOR todas las semanas?

—Porque no me lo regalan.

J. Sacristán.—Madrid.

—¿Cuál es la calle más larga de Madrid?

—La Corredera Baja, porque llega hasta la Luna.

Niram.—Madrid.

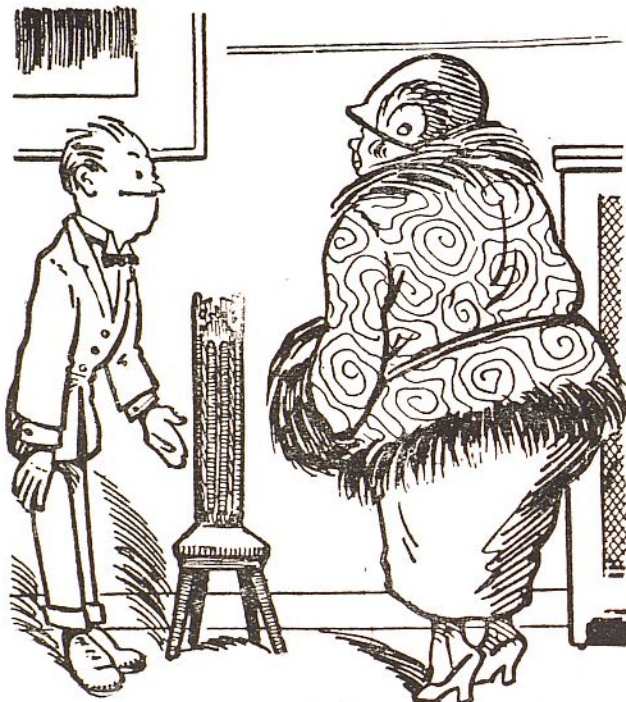
—El colmo de un maletero de ochenta años:

Preguntar a los viajeros si necesitan un mozo.

Remaa.—Santander.

ARTES DE LA ILUSTRACIÓN
Provisiones, 12.

MADRID



De Le Rire.

—¿Podrá verme el señor?

—Ya lo creo, aunque se le hayan perdido las gafas...

INDRA PERLA

Las más acreditadas en todo el mundo.

La mejor calidad y más barata.

Puerta del Sol, 11 y 12, 2.º

HAY ASCENSOR

ALHAJAS

SE COMPARAN PARA CASA EXTRANJERA

Puerta del Sol, 11 y 12, 2.º

HAY ASCENSOR

TAPAS Para la encuadernación de
"BUEN HUMOR"Se venden en nuestra Administración,
Plaza del Angel, núm. 5.PARIS y BERLIN
Gran premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre es-
ta marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanla negro, castaño oscuro, castaño natural, castaño claro, rubio. Es la mejor, más práctica y más económica.

Angelical Cutis LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis blancura fija y finura envidiables, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (rojeces, manchas, rostros grasientos, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea la calvicie.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para rejuvenecer su cutis. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran



poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, barros, asperezas, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDRO-LINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. Rejuvenece, embellece y conserva el rostro, y, en general, todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis gran finura, hermosura y juventud.

La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS

A base de nogal. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin teñirlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal.—DEPOSITARIOS: en Buenos Aires, D. Luis Badía, calle Bernardo Irigoyen, 263. En Habana, D. Enrique Tayá, calle Dragones, 92. Teléfono A-3186. En Panamá, D. Pedro Pujolás, farmacia Española. En Méjico, D. Jesús Rodríguez, Academia, 35.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

| | |
|-----------------------------|--------------|
| Trimestre (13 números)..... | 5,20 pesetas |
| Semestre (26 —)..... | 10,40 — |
| Año (52 —)..... | 20 — |

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS

| | |
|-----------------------------|--------------|
| Trimestre (13 números)..... | 6,20 pesetas |
| Semestre (26 —)..... | 12,40 — |
| Año (52 —)..... | 24 — |

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

| | |
|----------------|-----------|
| Trimestre..... | 9 pesetas |
| Semestre..... | 16 — |
| Año..... | 32 — |

ARGENTINA (Buenos Aires)

| | |
|--|-------------|
| Agencia exclusiva; MANZANERA, Independencia, 856 | |
| Semestre..... | \$ 6,50 |
| Año..... | \$ 12 |
| Número suelto..... | 25 centavos |

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Plaza del Ángel, 5.—MADRID

APARTADO 12.142

LA PAQUITA

NUEVA FÁBRICA DE PAPEL CONTINUO

DE

BALBINO CERRADA

41. ANTONIO LOPEZ, 41

TELÉFONO 23-33 M.

(A CINCO MINUTOS DEL PUENTE DE TOLEDO)

===== MADRID =====

SE FABRICA TODA CLASE DE PAPELES DE EDICIÓN, SATINADOS FINOS,
DIBUJOS, ESCRIBIR, ETC.

ALMACÉN: Plaza del Matute, 6. Teléfono 50-05 M

BUEN HUMOR



Dib. CASTILLO.—Madrid.

El paleta.—Cuando mira uno estas vistas, ¡se sienten unas cosquillas...!

Ayuntamiento de Madrid